526:9

EL CENTRO DE GRAVEDAD,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

Estrenada en el Teatro Español (ántes del Príncipe) la noche del 16 de Noviembre de 1870.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

PERSONAJES.	ACTORES.
INÉS	Srta. D.ª Elisa Boldun.
SEGISMUNDA	Pia Navarro.
DON LEON	Sr. D. Manuel Catalina.
GIL	Florencio Romea.
LUIS	Juan Casañer.
BOMBARDA	Mariano Fernandez.
UN ALCALDE	Menon.
DOS SERENOS	»

Época: 186...

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Cullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Sr. D. Francisco Luis de Retes.

Mi muy querido amigo: Seguramente no habrá usted dado al olvido los ócios literarios con que varios hijos predilectos de Apolo solian ustedes poetizar las monótonas llanuras de la Mancha. Entónces fué cuando hice mis primeros ensayos en la gaya ciencia, y entónces cuando Dios, que siempre vela por los huérfanos, me deparó en usted el triple consuelo de la amistad, la enseñanza y la proteccion.

Ignoro el fallo que el público dará á mi primera obra formal; pero cualquiera que sea, cumple á mi deber y á mi deseo dedicársela á usted como prenda de franco y leal cariño.

Confio en que el aplaudido autor de *Doña Inés de Castro*, estimará en lo que vale, no *El centro de gravedad*, cuyo mérito es escaso, sino la intencion de su amigo que le abraza

Francisco Perez Echevarría.

Madrid 1.º de Noviembre de 1870.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Gil, amueblada con lujo, pero en desórden.—Puerta al fondo; dos laterales á la derecha; balcones á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

SEGISMUNDA, arrellanada en una butaca y jugando con un plumero. INÉS, dentro.

INES. Segismunda.
SEGISM. Señorita?
INES. ¿Estás de limpieza?
SEGISM. Sí.
INES. Vé de prisa.
SEGISM. Voy de prisa.
¡Jesus, y cuánto tragin!
—Pues señor, esto es la gloria,
aquí se puede servir
con el aquel y decencia
debida á la cláse; aquí
no hay gerarquías; no hay pinches
ni cocineros; en fin,
no hay quien me moje la oreja,
como se suele decir.
La compra yo me la compro,
y si compro una perdiz,
pongo por caso, en seis reales,

otros seis son para mí.

INES. Segismunda?

SEGISM. Señorita?

INES. ¿Qué te falta?

SEGISM. Concluir.

INES. No tardes.

SEGISM. Voy más ligera
que el mismo ferro-carril.
—Un matrimonio sin hijos
es lo que priva. En Madrid
no hay una ama más traviesa
ni un amo más... zascandil.

INES. Segismunda!

SEGISM. (Ay, qué postema!)

INES. Tengo una nueva feliz
que darte.

SEGISM. (Con viveza.) ¿Á ver?

INES. Mi cuñado
llega hoy mismo de Motril.

SEGISM. Señorita, ¡no haya bromas!
no se burle usted de mí.

INES. No es burla, tonta. El señor
acaba de recibir
carta.

SEGISM. Y diga usted, viene?...

INES. ¿Tu novio?

SEGISM. Mi novio, sí.

INES. Pregunta ociosa.

SEGISM. Es verdad.
¿Acaso puede vivir
el coronel retirado,
don Leon Maza y Espin,
sin su asistente Bombarda?
¡Bombarda!—Un mozo gentil
con bigotes erizados
y la piel como el terliz,
pero con frases de azúcar
y el alma de querubin.
Y diga usted, ¿cuándo llegan?...

INES. Figúrate, va á salir
el señor, y yo madrugo.

SEGISM. Sí, son las doce.—Por fin,

voy á abrazarle. ¡Arrastrado!
No haberse anunciado ni...
Pero qué, si en punto á letras
es el pobre tan mastin!...

INES. (Sallendo; con peinador.)
Abrocha.

SEGISM. Ya está.

INES. Al momento
disponte. Vas á salir
á comprar...

SEGISM. Ya me hago cargo.

INES. Cuanto haga falta.

SEGISM. Sí, sí.

INES. Obsequiaremos al huesped.
—Toma una onza. ¿Basta?

SEGISM. ¡Phis!
veremos.

INES. ¿Cómo?

SEGISM. Veremos;
si en este indino país
no puede hacerse barato
mas que una cosa, dormir.
Pero hablando de los huéspedes,
¿qué viento les trae aquí?
Vendrán á pasar las fiestas
del Carnaval á Madrid.

INES. Don Leon dice que viene
para conocerme. Dí:
¿qué tal su genio?

SEGISM. Lo mismo
que el de su hermano.

INES. Es decir
que es hombre alegre, festivo.

SEGISM. ¡Y tanto!

INES. (Mirándose al espejo.) ¿Estoy bien así?

SEGISM. No se pregunta. ¡Soberbio!
Parece usted un jazmin,
y una mata de claveles,
y un tiesto de albahaca.

INES. Chist,
¿no sabes?

SEGISM. ¿Qué?

INES. Don Leon
nos traerá á su esposa.
SEGISM. ¿Sí?
INES. Como él tambien se ha casado...
SEGISM. Justo: él rindió la cerviz,
poco más ó poco ménos,
cuando el señor.
INES. Es así.
SEGISM. Veremos á la señora.
No, no tendrá ese perfil
que á usted le ha dado quien puede,
ni esa boquita de anís,
ni ese pie, ni esa cintura,
ni esas manos de marfil.
INES. ¡Tonta!
SEGISM. Se va á quedar bizca.
¡Cuando digo yo que sí!
INES. Será bonita. Su esposo,
me han dicho que era un dandy.
SEGISM. Más corrido que el dinero
y más valiente que el Cid.
Le conozco mucho! que ántes
que usted se casará, fuí
criada de él y del amo;
¡y eran un par!
INES. Ya!
SEGISM. Don Luis
es niño de teta al lado
de don Leon y don Gil.
¡Y cuidado, que el tal mozo
no es un pollo zarramplin!
Don Luis, haciendo justicia...
INES. (Séria.) Vamos, calla.
SEGISM. El infeliz
pierde por usted el tino,
y la quiere hasta morir.
Pero usted alcanza mucho
y es más sábia que Merlin,
y el pobrecillo se escama.
¡Y cuánto me hace reir!
Gracias que el amo es el amo.
INES. Silencio, que sale aquí.

(Váse Inés precipitadamente.)

ESCENA II.

INÉS, GIL.

GIL. Inesilla, que es ya tarde
¿Aún estás con peinador?
INES. (Echándole los brazos al cuello y con zalamería.)
Gilito, no te incomodes,
que voy en seguida.
GIL. Son
las diez.
INES. Hay tiempo.
GIL. Chiquilla,
no puedo aguardarte, no.
Dentro de treinta minutos
llega el tren, y si Leon
no me vé puede amoscarse.
INES. ¿Tiene mal génio?
GIL. Es atroz.
¡Cuando él se amontona!...
INES. Entónces,
que cambie de direccion
y vaya á una fonda.
GIL. ¿Quieres
callar? Cuando hace el favor
de venir á conocerte...
INES. ¡Ya! pero si es tan feroz!
(Con zalamería.)
Yo, avenida á tu carácter,
tan alegre y retozon...
GIL. ¿De veras? (La tengo en babia.
¡Soy lo más embaucador!)
Pero qué, ¿piensas acaso
que mi hermano es un limon
agrio? Cá! Más campechano...
¡pero hiriéndole el amor
propio!
INES. Ya!
GIL. Por otra parte,

¡si es lo más calaveron!
Y con ellas, ¡Vírgen santa!

INES. ¿Le gustan?

GIL. Como él no hay dos.
No distingue de colores,
ni clases, ni condicion.
Para él, en teniendo faldas,
hasta un sacristan.

INES. Qué atroz!
¡Pobre mujer!

GIL. ¡Pobrecilla!

INES. La tengo lástima.

GIL. Y yo.

INES. ¡Pasará unas amarguras!...
que un marido coqueton
es una plaga de Egipto.

GIL. ¡Lo dices con una voz!

INES. ¡Gilito!... Gilito! Alerta.

GIL. ¡Chiquilla! (Válgame Dios!)
—Conque lo dicho: no puedo
perder más tiempo. Me voy.

INES. ¿Te vas?

GIL. Me voy.

INES. Pues me enfado.

GIL. ¡Mire usted que es aprension
no querer quedarse sola!
¿Tienes miedo?

INES. Un miedo atroz.

GIL. ¿Á quién?

INES. Al diablo.

ESCENA III.

LOS MISMOS, LUIS.

LUIS. Señores,
siempre soy su servidor.
Inesita? (Saludando.)

INES. (Turbada.) ¡Luis!

GIL. Me alegro.
Ni llamado con reloj.

LUIS. Sepamos...

GIL. Es muy sencillo;

que hoy debe llegar Leon
en el tren del medio dia,
y esta se empeña en que...

LUIS. (Mirando su reloj.) ¡Oh!
entónces, chico, si quieres
salir á esperarle, son
las doce y minutos.

GIL. ¡Digo!
para andar al tocador
componiéndote las trenzas...
No hay tiempo. Ya sabré yo
disculparte.

INES. Pero...

GIL. (Cogiendo un baston.) Vuelvo.
—El amigo es decidor.
Queda contigo Luisillo;
dala tú conversacion,
que es una niña mimada
que se enfada á lo mejor.

INES. Qué gracia! (Vamos...) (Sentándose con enojo.)

GIL. (Á Luis.) (Sospecha
y sospecha con razon,
por la vecina de enfrente...

LUIS. ¡Si tú no fueras traidor!...

GIL. ¡Qué! ¿vas á reñirme?

LUIS. ¡Digo!

GIL. (Á Inés.) Carita de cielo, adios.

INES. No tardes.
(La tengo en Babia.)

GIL. (¡Soy lo más embaucador!)

ESCENA IV.

LUIS, INÉS.

LUIS. Bien es que la suerte quiebre
y esté en mi favor propensa;
cuando uno menos lo piensa
entónces salta la liebre.
¿Quién habia de soñar,
Inés del alma adorada,
en la ocasíon impensada

que nos prepara el azar?
Mi corazon tiene sed
de expresar su sentimiento.
Propicio llega el momento.

INES. ¡Y qué pesado es usted!
No sé qué hacer ni decir
que le haga entender que es necio
buscar el amor á un precio
tan caro; usted da en pedir
y yo en negar; usted dale
y vuelta y machaca y... ¡Hombre!
permita usted que me asombre;
¿tan poco su orgullo vale
que no mata esa pasion
á prueba de humillaciones?

LUIS. Soy ferviente en mis pasiones.

INES. Lo que es usted, un moscon.

LUIS. Aun esa burla fatal
que aquí en lo vivo me toca,
porque la dice esa boca
me hace una gracia especial.
Inés, que tengo interés
en que este tormento acabe
cuanto ántes, usted lo sabe
hace diez meses, Inés.
Hace diez meses y pico
que una mañana de abril
hallé á mi amigo don Gil
vagando en la era del Mico.
Como Gil tiene un pasado
tan tenebroso y horrible,
me parecia imposible
que Gil se hubiera casado.
Hubo que ver y creer;
Gil con franqueza sin tasa
me hizo venir á su casa
y me enseñó á su mujer,
cuya belleza sin par
tan trasnochado me ha puesto,
tan malo, que estoy expuesto
á una tisis pulmonar.

INES. Usted ofende la fe

que he jurado á mi marido.

LUIS. Su marido no es marido.

INES. ¿Qué es entónces?

GIL. ¿Yo qué sé?
¿He de decir que un falsario,
un tuno, un chisgaravis?...

INES. (Con gravedad.)
Mucho cuidado, don Luis,
mucho cuidado!

LUIS. (Canario.)

INES. Tengo á usted por caballero.

LUIS. Es lo cierto, Inés gentil,
que usted convierte á don Gil
en cajon de barquillero.

INES. (Exaltada.)
Hágame usted la merced
de irse al punto, ó...

LUIS. Sin embargo,
yo cumplo con un encargo
de su marido de usted.
Dala tú conversacion,
me dijo Gil al marcharse..

INES. Pero hombre...

LUIS. No hay que enfadarse,
yo cumplo mi obligacion.
Conque Inés, cáusame enojos
que muda esa lengua calle,
y que otra prueba no halle
de su amor sino en sus ojos.
Calme usted el frenesí
que al desvarío me arroja,
concluya el tira y afloja
y abra usted ese rubí,
nido de perlas y flores
que guarda todo un tesoro,
y con un dulce «te adoro»
principien nuestros amores;
y mitigada la sed
de mi amor, feliz, ufano...

INES. Don Luis, beso á usted la mano. (Váse.)

LUIS. (Estupefacto. Despues de haber desaparecido Inés.)
Señora, á los piés de usted.

ESCENA V.

LUIS.

Diez meses lo menos hace,
¡para alivio de mis penas!
que tienen estas escenas
idéntico desenlance.
Tan firme, tan fiera está
que no ha lugar á que dude.
Como el marido no ayude...
Pero es que me ayudará.
Ella está algo recelosa
de la vecina de enfrente;
él es un poco imprudente,
y ella un mucho vanidosa.
Él tiene con la vecina
cita en Capellanes... ¡Bueno!
Yo tengo en mi mano un trueno
que puede escucharse en China.
Perfectamente. Mis planes
tienen la base que importa,
uno nace si otro aborta.
(Dirigiéndose al sitio por donde salió Inés.)
Esta noche en Capellanes.

ESCENA VI.

LUIS, BOMBARDA. Su traje será pantalon pana, calesera y sombrero calañés de alas muy anchas.

BOMB. ¡Zopla!
LUIS. ¿Quién?
BOMB. Qué veo? Ozté?...
Ozté ez el mezmo.
LUIS. Sí, aguarda...
Tú eres Calisto Bombarda.
BOMB. Zervior de zu mercé.
LUIS. ¡Qué grueso!
BOMB. En aquel rincon
vivimoz zin desazones
y eztamos como lechones...

zalvo la comparacion.

LUIS. (Si habrá escuchado?) ¿Y qué tal?

BOMB. Grandemente.

LUIS. Por lo visto
viene detrás de Calisto
el buen don Leon?

BOMB. Cabal.
—¿Ze acuerda ozté de aquer tiempo
de jorgorio y de?...

LUIS. ¡Friolera!
¿Y tu amo? Tan calavera?

BOMB. Le ha ocurrío un contratiempo.

LUIS. ¡Qué!... ¿Ha perdido su fortuna?

BOMB. Cá... No zeñor.

LUIS. ¿Ha enfermado?

BOMB. Menos.

LUIS. ¿Pues qué?

BOMB. Ze ha cazado.

LUIS. ¡Ya!! ¿y su mujer es alguna?...

BOMB. Quié ozté callar. ¡Zu mujé!
zi me tiene medio lelo:
zi ez un peazo é cielo,
má güena que er pan.

LUIS. ¿Por qué
entónces charlando estás?...

BOMB. Porque el hombre con el rose
del cazorio, le conose
quien le conose y na más.

LUIS. ¿Con que ha cambiado?

BOMB. Hazta er cuezo.
¡Puez zi ez una maravilla!
Dende que fué á la capilla
y le echaron ar pezcuezo
aquella cinta fatal
que ata pa ciempre, ha cambiao,
lo digo á juer de sordao,
hazta ez pelo.

LUIS. ¡Es especial!

BOMB. Ya eztá carvo.

LUIS. ¡Cosa rara!

BOMB. Qué máz: dende aquel instante
han variado en zu zemblante

las faiziones de la cara.
Yo le buzco y no le encuentro.
Ya no hay para él borracheras,
ni mujeres ni quimeras;
vamos, que eztá en otro sentro.
Como naide de él le zaca,
ziempre eztá el hombre en sus trese,
y tan grave, que parese
que ze ha tragado una eztaca.
Ezo zí, ez lo más feliz;
porque zu costilla... ¡vaya!
él siempre la tiene á raya
y no hay el menor desliz.

LUIS. Me choca.

BOMB. No zon pamplinas.

LUIS. (Pues señor, estamos frescos.)

BOMB. Hacen vida de tudescos;
cuando callan las gallinas,
dende el amo hasta er caballo
ya eztán debajo de manta,
y todo Dios ze levanta
apenaz rechizta er gallo.
Cada cual á su labor.

LUIS. Por fuerza se aburrirán
haciendo una vida tan
monótona.

BOMB. No zeñor.
El hombre no tiene una hora;
zi ha parido.

LUIS. ¿Quién?

BOMB. El ama,
y entre zi mama ó no mama
ó zi llora ó zi no llora
la criatura, ze pasa
la vida.

LUIS. Ya, de ese modo...

BOMB. Y él ez el dueño de todo,
y ella la dueña de casa.
Cada cual su ejecutoria,
naide gruñe ni rezuella;
él ze eztá mirando en ella
y aquí paz y dezpuez gloria.

LUIS. Pues señor, metióse á fraile
el diablo.
BOMB. Ya verá ozté
zi miento.
LUIS. (¡Por vida de!...
No irán esta noche al baile.
¡Si se entera don Leon!
y es tanta su gravedad,
que se opone y se... En verdad
que merece reflexion.)
Bombarda.
BOMB. Prezente.
LUIS. Luego
veré á tu señor.
BOMB. Abur.
LUIS. (¿Si habrá escuchado?—Este albur
va á descubrir todo el juego.)
Volveré... (á trazar mis planes.) (Váse.)
BOMB. Tendremos mucho alborozo. (Pausa.)

ESCENA VII.

BOMBARDA.

Á quién zitaba ezte mozo
pa ezta noche en Capellanes?
Y no ez porque á mí me importe,
que yo á Segismunda he vizto
dir á la plasa, y zoy lizto,
y tengo aquí er picaporte.
Y ello al fin no tiene ezcape:
yo abrí la puerta y entré
y en eze quicio escuché...
¡Estoy escamado!—¡Zape! (Viendo á Inés.)

ESCENA VIII.

INÉS, BOMBABDA.

BOMB. (Vaya una mosa gentil.)
INES. ¿Quién es este hombre?
BOMB. Prezente,

zoy Bombarda, el aziztente
del hermano de don Gil.

INES. Ya!

BOMB. Y ozté...

INES. Yo soy la esposa...

BOMB. (¡Demonio!)

INES. ¿Qué?

BOMB. Nada, no;
ziempre á don Gil le guztó
lo güeno.

INES. Gracias.
Y dí,
¿cómo has entrado?

BOMB. Mi eztrella
me ha hecho tropezar con ella.
Ella es Segismunda.

INES. Sí.

BOMB. Al verme, zúpitamente
le zubió una fogarata,
y por poco zi ze mata
contra la ezquina de enfrente.
Yo la pude azí agarrar,
y ya del zuzto repuezto
me dió la llave, y con ezto
me vine aquí... y al entrar...
(Suena la campanilla.)
Eze ez el amo.—Ya voy.

INES. Qué prisa traen.

BOMB. Está claro. (Váse.)

INES. No se me olvida el descaro
de Luis. ¡Qué audaz! Si me estoy...

GIL. (Dentro.) Por aquí: deja el capote.

ESCENA IX.

INÉS, D. LEON, GIL.

LEON. Bombarda vendrá á cogerlo.
(Deja el capote sobre una silla.)

GIL. (Presentando á Inés.)
Ecco la qua: mi mujer.

LEON. Tenia muchos deseos

de conocerla. Mi viaje
no reconoce otro objeto.
Es decir, hay otra causa.

GIL. (¿Otra?

LEON. Despues hablaremos.)

INES Mil gracias...

GIL. Fuera cumplidos,
y á darse un abrazo.

LEON. Acepto.

INES. ¿Pero y?...

GIL. No sigas: estoy
más enfadado...

INES. Qué es eso,
¿no viene Rita?

LEON. Iimposible.
¿Cómo dejar el manejo
de la casa y del cortijo
en manos extrañas? Luego
el chiquitin...

INES. ¿Y qué importa?

LEON. Los chicos son un enredo,
y en estos dias de bulla...

INES. Precisamente por eso
debió venir.

GIL. ¡Pues!

INES. Las máscaras,
las tertulias, los paseos.

GIL. Justo, y los bailes.

LEON. ¿Los bailes?
¿Qué es eso de bailes? Buenos
estamos ya...

INES. No se trata
de bailes cursis.

LEON. Entiendo
que no estareis abonados
á Capellanes.

GIL. ¡Cá!

LEON. Y eso
que esta casa y Capellanes
casi están pared por medio.

GIL. Sabes, chico, lo que noto?
que has cambiado.

LEON. ¡Ya lo creo!
Dos años hace que quiso
cambiar mi existencia el cielo,
y me casé. Aleccionado
por el mundo; un tanto viejo,
con linda y jóven esposa,
vi un porvenir malo ó bueno,
segun el pie con que entrara,
y lo hice con el derecho.
Quise virtud en mi casa
y fuí virtuoso, que es necio
que pida mujeres ángeles
quien hace su casa infierno,
que pida razon un loco
y verdad un embustero;
pues al cabo, Gil, al cabo
ellas son de carne y hueso.
—Estas palabras, de fijo,
que no surtirán efecto
en tí.
GIL. ¿Por qué?
LEON. Tus amigos
te darán otros consejos
tal vez, que te halaguen más
aunque te convengan menos.
Y á propósito de amigos,
y Luis?... (Con intencion.)
INES. ¿Luis?
GIL. Tan guapo.
LEON. (Con intencion.) Creo
que viene mucho á esta casa.
INES. Suele venir... sí...
GIL. Le tengo
casi de huesped.
LEON. (Con sarcasmo.) ¿Sí?
GIL. ¡Vaya!
Me he acostumbrado ya á verlo,
y si él no viene le traigo
de una oreja.
LEON. (Reparando en Inés.) (¡Hola! ¿Qué es esto?
¡Si no me habrán engañado!
¡Esa turbacion!. .) Volviendo

al baile, ó lo que es lo mismo,
al tema empezado, espero
que cambies pronto de rumbo
y te enmiendes.

INES. (Con afan.) ¿Eh?

GIL. No entiendo...

LEON. Asuntos son delicados
y no quisiera ofenderos,
mas soy militar antiguo,
y de mis hábitos viejos
tengo uno tan arraigado...

GIL. ¿Cuál?

LEON. La franqueza.

INES. Eso es bueno.

LEON. Así es que vengo con ánsia
de reñir.

GIL. ¿Cómo?

LEON. Hablo serio.

INES. Veamos si el caso es grave.

GIL. Empieza pues. Ya estoy hecho
todo oidos.

LEON. Qué, deseas
de sopeton?...

GIL. Claro.

LEON. Pero...

GIL. ¿Á qué esperar?

INES. Justamente.

LEON. Sea pues. Venga un asiento.

GIL. Ten. (Le da una silla. Todos se sientan. Pausa.)

LEON. Pues señor, ¿en qué diablos
malgastas tanto dinero?

INES. (Qué pregunta.)

GIL. (Me ha partido
por la mitad.)

LEON. No hallo medios
de adivinar las razones...

GIL. (Á Inés.) (¿Oyes?

INES. (Impaciente.) Ya oigo.)

GIL. (Tartamudeando.) Segun eso
tú piensas...

LEON. Vamos á cuentas.
Poco hace, en el mes de Enero,

te mandé las rentas íntegras
de un año.

GIL. Justo.

LEON. El arriendo
del monte.

GIL. Justo.

LEON. Y el plazo
de la venta del majuelo
que vencerá en este mes.

GIL. Justo.

LEON. Y no obstante, veo
por tu carta, que á estas fechas
te encuentras ya sin un céntimo.

GIL. Justo.

LEON. Qué justo ni injusto;
¿dónde echas las rentas?

GIL. Eso
mismo digo: justo, dónde,
dónde se marcha el dinero?

LEON. Tú lo sabrás.

GIL. Inesilla
te puede decir... ¡Si es esto
lo más caro!

INES. (Exaltada.) Poco á poco;
yo no entro en tales enredos,
yo no malgasto...

GIL. Tú sacas
del fondo.

INES. Sí, pero menos
que tú.

LEON. Sea lo que sea,
no alcemos la voz. Yo pienso
que Inés no tiene la culpa,
porque al fin sois dos, y apuesto
á que con la renta...

INES. ¡Digo!...

LEON. Si no á la prueba. En Enero
treinta y dos mil reales.

GIL. Justo.

LEON. Despues doce mil quinientos.

GIL. Justo.

LEON. Ypor último, trece

mil de atrasos del arriendo
del monte.

GIL. Justo.

LEON. En resúmen,
sesenta mil reales menos
un pico.

GIL. Justo.

LEON. Total;
que en un mes ó mes y medio
has gastado tres mil duros
no habiendo en tu casa enfermos.

GIL. Justo.

LEON. ¿Volvemos al justo?

GIL. No, hombre, no, si estoy diciendo
lo mismo que tú... Señor,
¡cómo se marcha el dinero!
Inés te dirá...

INES. ¡Me gusta!

GIL. Pero mujer....

INES. No por cierto,
yo no he gastado tres mil
duros.

LEON. Se explica bien.

INES. Llevo
la cuenta y lo más, lo más
que he gastado en mes y medio
han sido treinta mil reales.

LEON. ¡No es mucho!

INES. Ya ves.

LEON. ¡¡Ya veo!!

INES. Pero amigo, al señorito
le gusta...
(Indicando el juego del monte. Gil tose fuertemente.)

LEON. Tambien el juego?

GIL. Pero es el juego de damas.

INES. Tambien.

GIL. ¡Mujer!

LEON. ¿Tambien eso?
(¡Pues digo, que la pareja!...
Tal para cual.)

ESCENA X.

LOS MISMOS, BOMBARDA.

BOMB. El almuerzo.
GIL. Esa es la fija.
LEON. Bombarda?
BOMB. Mándeme uzía.
INES. Con tiento
ve cepillando esa ropa.
(Ya sospechaba...)
GIL. Dejemos
tonteras á un lado. El viaje
abre el apetito; tengo
un vino Jerez...
INES. ¡Gilito!...
¡No hay que excederse!...
LEON. (Dando el brazo á Ines.) (Ya veo
que tengo amigos del alma
en Madrid, y no mintieron
al decir que Gil, mi hermano,
ni es casado, ni soltero.)

ESCENA XI.

BOMBARDA, saca la ropa de la maleta y empieza á cepillarla.

No quiero zer parlachin;
pero ezta caza ez un pizto
que no la entiende er demonio.
¡Qué dezarreglo! ¡Puz digo!
zi el amo ze entera y zabe
que viene aquí don Luizito.
¡Don Luizito! ¡que ez un peje!
¡Jezuz, qué peje! Lo fijo
ez que ar ver ezte dezastre,
á la verdá, me aburrio,
porque aquí, pa mis adentros
habia formado un juisio
rezpeto á la otra, y me ezcamo...

ESCENA XII.

BOMBARDA, SEGISMUNDA, con una sopera en la mano.

SEGISM. No, no me ayudes, indino.
Despues que doy un rodeo
para verte.
BOMB. ¿Y el zervicio
que el amo me ha encomendao?
SEGISM. Qué amo, ni qué cebollinos.
¿He de servir el almuerzo
estando tú?
BOMB. ¡Cuando digo,
que ezto ze ha vuerto merienda
de negros!
SEGISM. (Cogiéndole de un brazo.) No seas niño,
vente á la cocina.
BOMB. (Con flema.) Chica,
no me jurgues.
SEGISM. Por lo visto
tambien has cambiado.
BOMB. Ez claro.
SEGISM. Antes estabas conmigo
tan cariñoso, tan... y ahora
ni una caricia, ni un mimo.
BOMB. Zon laz lecciones del amo,
y á ellaz me atengo. Ez preciso
variar con la edad.
SEGISM. (Cogiéndole del brazo.) ¡Mostrenco!
BOMB. Que no me jurgues!
SEGISM. (Incomodada.) Pues hijo,
desde que has echado panza,
tienes aires de menistro.
BOMB. Lleva á la mesa eze plato.
(Suena dentro un vaso.)
—Ves?
SEGISM. (Con enfado.) Que se esperen. (Váse.)
BOMB. Mardito
zi me guzta ni una jota
que ziga tan bazilizco
como antaño. (Coge un junco y sacude la ropa.)

Puz no dise
que ya no la mimo?—¡Digo!
puz buenos vienen loz tiempos
para andarze ahora con mimos.
Cuando el amo, por lo grave,
parece que come nízperos.
No, puez zi pienza la chica
que he de aguantar...
(Sale Segismunda con varios platos y cruza la escena con desgarbo y sin mirar á Bombarda, que se queda atónito.)
Me ha partio.
Ezo zí; la chica tiene
un aire y unoz ojilloz
zaragateros, que alumbran
como zi fueran dos cirios.
(Vuelve á atravesar la escena Segismunda, que trae una fuente de chuletas á la papillot)
¡Canela!

SEGISM. ¡Vaya una gracia!
BOMB. ¿Te haz enfadao conmigo?
SEGISM. ¿Yo?
BOMB. Me habia dezfigurao...
SEGISM. Señal de que habrá motivo.
BOMB. Malas viruelas me coman
zi no te quiero lo mizmo
que la mension honorífica
que nel año é treinta y sinco
me dió Espartero.
SEGISM. ¡Arrastrado!
Siempre me engañas.
BOMB. Más fijo
que er zol.
SEGISM. Pues entónces, vente
á la cocina.
BOMB. ¿Ez capricho?
En cuanto atise dos paloz
á este futraque.
SEGISM. Calisto,
te he preparado un almuerzo!...
BOMB. Me alegro; que al olorsillo
de ezas chuletaz...

SEGISM. Las tengo
mejores.
BOMB. ¿Mejores?
SEGISM. ¡Digo!
¡Me chupo el dedo! Primero
somos nosotros.
BOMB. No atino...
SEGISM. No importa.
BOMB. Pero...
SEGISM. Entre tanto,
toma; entreten los colmillos.
(Le da una chuleta.)
BOMB. ¿Qué jases? Van á notarlo.
SEGISM. Se arregla así. (Váse.)
BOMB. (Asustado.) ¿Con los sinco
mandamientos? Segismunda!
—Ezto ez mal hecho; ez indigno;
ez orviar la ordenanza;
ez atacar los prencipios
que á uno le han dado.—¡Canastos!
¡y qué bien zabe!—¡Zan Crízpulo!
(Viendo á D. Leon.)

ESCENA XIII.

BOMBARDA, D. LEON.

LEON. Bombarda!
BOMB. (Atragantándose.) Mándeme uzía.
LEON. Ve á mi hermano y con sigilo
dile que venga; le aguardo.
BOMB. Zí, zeñor; voy en un brico.
(Del zusto me muero.) (Váse.)
LEON. Es fuerza
que le haga observar su indigno
proceder. ¡Oh! bien han hecho
en darme de todo aviso.
—Si sus riquezas son suyas,
su honor, en cambio es el mio.

ESCENA XIV.

D. LEON, GIL, con una servilleta al hombro y cantando

GIL. ¡Ole! El mosto de Motril
da un camelo... Está embocado
de un modo!....
LEON. ¡Y tú te has casado!
¡Y tú te has casado, Gil!
GIL. Claro está.
LEON. Siento en el alma
tener que hablarte de suerte
que llegue quizá á ofenderte.
GIL. Me vas á asustar?
LEON. Ten calma.
GIL. Pero, hombre...
LEON. Ten reflexion
y piensa con juicio sano.
GIL. Qué cosas tienes, hermano.
¿Me vas á echar un sermon?
Venirme tú con canciones;
tú, que has caido de bruces
en todos los andaluces,
tugurios y bodegones
que hay en la gran capital.
¡Vamos, muchacho, estás loco!
LEON. ¿Olvidas que hace muy poco
te he dicho en tono formal
mi nueva conducta?
GIL. Así es.
LEON. Pues que la imites espero,
por tu familia primero,
por tu ventura despues.
Causa de eterno pesar
va á ser tu conducta extraña.
GIL. Pero, Leon, ¿quién te engaña?
LEON. Nadie. Me basta observar.
Basta para que me inicie,
tender la vista en redondo,
y ver que el mal es muy hondo
y salta á la superficie.

El despilfarro sin tasa
que aquí se observa, me abona;
este desórden pregona
que no hay dueño en esta casa.

GIL. ¡Leon!

LEON. Nada hay que me arguya:
no es que yo quiera ofender
á tu mujer, tu mujer
no tiene la culpa, es tuya;
tuya, que olvidas tu estado
y dignidad torpemente;
que al aceptar tu presente
no has roto con tu pasado.
Tuya, que jugando estás,
con vida tan licenciosa,
el porvenir de tu esposa
y de tus hijos quizás.
Tuya, en fin, porque contemplo
que estás sembrando en tu hogar,
y que ha de fructificar
la semilla de tu ejemplo.

GIL. ¿Pero á qué es este belen?

LEON. ¿Os teneis amor sincero
tú y tu mujer?

GIL. Yo la quiero
más que á mi vida.

LEON. Pues bien;
si con franqueza cumplida
mi cariño te dijera
que por ser un calavera
estás matando esa vida,
ese amor que te une á Inés;
si dijera que ese lazo
puede romperse en un plazo
cercano; que hay á tus piés
el abismo en que ha caido
tanto marido imprudente.

GIL. ¡¡Pues si soy precisamente
el tipo del gran marido!!!
Si en el mundo no me afana
más que dar gusto á mi esposa;
si hace siempre en cualquier cosa

lo que la da la real gana.
Si como yo no habrá cuatro;
si porque ella se divierta
me estoy con la boca abierta
de esta suerte.—Ella teatro,
circos, conciertos, cafés,
fondas.

LEON. Me irrita escucharte.
¡Y tú has llegado á casarte!

GIL. ¡Nada! pregúntale á Inés;
ella asiste á toda fiesta,
belenes, titirimundis,
y hasta va á los *de profundis*
cuando son á son de orquesta.
¿Y dices?—Vean ustedes
lo que es hablar de memoria,
si está encerrada la gloria
en estas cuatro paredes.
Mujer que en el mundo goce
más que la mia, ninguna.
Se acuesta temprano, á la una,
y se levanta á las doce.
Despues á almorzar; despues,
si es invierno, á paseo;
luego un rato de bureo
con dos amigas ó tres,
y á comer, luego á tomar
café, y en seguida al coche
á pasar por ahí la noche
divertida, y á acostar.
Conque sé imparcial y dí
si en el mundo puede haber...
otra esposa...

LEON. Y tu mujer...
¡es mujer!

GIL. Mucho que sí;
mujer de tono, de empaque.
No debo ensalzarla, chico,
pero si yo fuera rico...

LEON. (¿Habrá mayor badulaque?)

GIL. Piensas que es filfa? en la córte,
en España, apostaria

á que otra mujer no habria
de más elegante porte.
Cuando quiere, ni en París
ni en Lóndres tiene rival.
Esta es la voz general.
Pregunta, pregunta á Luis.

LEON. ¡Á Luis!...

GIL. Inés, con sus galas...
¡Vamos, chico, no te asombres!

LEON. Y luego dicen los hombres
que las mujeres son malas.
Si es injusto que se vibre
contra ellas la maldicion;
si no son ellas, si son
los hombres de este calibre.
¡Si lo veo y me convenzo
de que no son tan culpables!
¡Si somos los miserables
nosotros! oh!... me avergüenzo!

GIL. ¡Pero hombre! ¡Qué enfurruñado!

LEON. Si es que no te quiero ver,
porque te voy á coger...

GIL. Poco á poco: ¿qué te ha dado?
Acaso puedes dudar?

LEON. (No quiero ni verle...)

GIL. ¡Mira!

LEON. (Porque tengo yo tanta ira
que le voy á estrangular.) (Váse.)

ESCENA XV.

GIL, á poco INÉS.

GIL. Efectos del jerezano.
Ha bebido y... já, já, já...
Qué cosas dice. Está loco!
Es lo más particular!

INES. Vaya que el tal cuñadito
es lo más raro y lo más...

GIL. ¡Calla, Inés!

INES. ¿Y ese es el hombre

tan campechano?

GIL. Cabal.

INES. No hay duda, en veinte minutos
cincuenta sermones.

GIL. ¡Cá!
Si no le conozco.

INES. Á todo
le pone su crítica.

GIL. Haz
lo que yo, no le contestes.

INES. No es posible; hay que pasar
por todo... Necesitamos
dinero y él nos dará...

GIL. Dinero!

INES. Es imprescindible
que le pidas... Hoy vendrán
la modista, el comerciante,
el peluquero...

GIL. ¡Es verdad!

INES. Necesito un rio de oro.

GIL. Yo necesito la mar.

INES. No quiero deudas flotantes.

GIL. ¡Flotantes!... mejor dirás
aplastantes; pues aplastan
de un modo descomunal.

INES. Mis deudas son perentorias.

GIL. Las mias lo son de azar.

INES. ¡Cómo!... Tú, ¿tú tienes deudas?
¿Tú tienes?... ¡Qué atrocidad!
Pero hombre, tú gastas mucho.

GIL. Mujer, y tú gastas más.

INES. Mis gastos son inocentes.

GIL. Inocentes sí serán,
pero cuestan el dinero.

INES. Exageras.

GIL. Ahí está
la gargantilla de perlas
que ahora te quieres comprar.

INES. ¿Y qué?

GIL. Catorce mil reales.
¡Es un capricho tal cual!

INES. Pues si nos presta tu hermano,

ya sabes...

GIL. Bien, se verá...

INES. ¿Cómo se entiende? ¿Prefieres
jugar mil duros á un as
á darme gusto? ¡Dios mio!
Qué desengaño... (Llora.)

GIL. ¡Ay, san Juan!...

INES. Pues bien, desde hoy vida nueva.
¿Lo quieres? no hay más que hablar.
Ni tú malgastas un céntimo
ni yo despilfarro un real.
Tu presupuesto de gastos
extraordinario será
sesenta reales mensuales.

GIL. Pero, Inés.

INES. El mio, igual.

GIL. Pero hija...

INES. No hay más ni ménos.

GIL. (Tendré que capitular.)

INES. ¡Sesenta reales!

GIL. (¡Tres duros!
y necesito un caudal...)
—Corriente, mujer, corriente,
cúmplase tu voluntad.
Tendrás esa joya... Digo,
si no esa joya, otra igual.

INES. Tengo capricho por esa.

GIL. (¡Por vida de san Damian!)
Pues esa á mí no me gusta.

INES. Pues esa se ha de comprar.

GIL. Yo no quiero.

INES. Yo sí quiero.

GIL. Inés...

INES. Gil...

ESCENA XVI.

DICHOS, LUIS.

LUIS. Tengamos paz.

INES. (Siempre nos pilla riñendo.)

GIL. Siempre nos pillas igual,
de broma...
LUIS. Justo. ¿Y tu hermano?
GIL. Mi hermano no existe ya.
Aquel coronel ha muerto.
LUIS. ¿Qué dices?
GIL. Encontrarás
un fraile benedictino.
LUIS. ¿De verás? Já, já, já, já.
(De modo que ya esta noche
no hay Capellanes?)
GIL. (¿Qué no hay
Capellanes? Tú estás loco.
¿Habia yo de dejar
una conquista?)
LUIS. (Por cierto
que ha puesto ya la señal
la vecinita.)
GIL. (¿De veras?
¡Y cuánto me hace pasar
esa mujer! Tú figúrate
que hay una joya fatal
que ha dado antojos á un tiempo
á las dos.)
INES. (¿Qué charlarán?)
LUIS. (¡Atiza!)
GIL. (¿Quién dijo miedo?)
LUIS. (¡Maldita casualidad!)
GIL. (¿Y dices que la vecina?
(Mirando al balcon.)
Si yo pudiese... Oye, vas
á ser pantalla...)
LUIS. (¡Me gusta!)
GIL. (De mi mujer.)
LUIS. (Pero...)
GIL. (La
otra espera. Vé con ésta
y entretenla.)
LUIS. (Bien. ¿Qué más?)
GIL. (¡Lo que es tener un amigo!)
(Váse al balcon Luis con Inés.)
LUIS. Señora...

INES. ¿Vuelta á empezar?
LUIS. Silencio... Todo conspira
para que calme este afan,
este amor que llena el alma.
INES. Si usted insiste tenaz
en ofenderme, es posible
que escuche usted...
LUIS. Por piedad...
INES. Palabras que han de amargarle.
LUIS. ¿Qué más pudiera amargar
mi corazon, que el desden
de esos ojos?...
INES. Basta ya.
Calle usted ó llamo á Gil.
LUIS. ¡Llame usted! ¿Qué ha de escuchar
quien sordo á la voz sagrada
del deber y la amistad
deja á una esposa tan bella
por una mujer vulgar?
INES. ¿Qué dice usted? mi marido...
INES. ¿Quiere usted verle? Ahí está
(Se inclina á un lado y deja espacio á Inés para que vea las señas que hace Gil.)
INES. ¡Oh, qué infame!
LUIS. ¡Calma! ¡Calma!
que ahora es usted la que va
á alzar el grito y...
INES. ¡Qué gestos!
Si parecen un batan
sus dedos. ¡Bien lo temia!
Si era mi sombra fatal
la tal viudita de enfrente.
LUIS. ¡Silencio!
INES. ¿Y qué se dirán?
¡Vamos á ver!
LUIS. Poca cosa:
dándose están la señal
para encontrarse esta noche...
INES. ¿Dónde?
LUIS. En Capellanes.
INES. ¡Ah!
LUIS. Y á más,—obsérvelo usted.

INES. No: ya no quiero observar.
—Con qué al baile?—¡Señor mio!
(Se levanta precipitadamente y dice estas palabras á su marido, el cual se queda perplejo. Momento de duda. Transicion.)

GIL. ¿Qué?

INES. Nada... un antojo.

GIL. ¿Cuál?

INES. Quiero ir esta noche á un baile.

GIL. ¿Á un baile? ¿Y á qué?

INES. Á bailar.

GIL. Pues hija...

INES. No, no hay excusas.
Quiero baile.

GIL. ¡Voto va!
¿Y á dónde?

INES. ¿Á dónde? Al más cerca,
á Capellanes.

GIL. ¿Estás
en tu juicio?

INES. En mi juicio,
pero en mi juicio cabal.
Conque lo dicho. Hasta luego.

GIL. ¿Pero oye?...

INES. No escucho ya.
(Á Luis dándole la mano.)
Sabe usted que soy su amiga.

LUIS. (Rápido.) (Y nada más?

INES. Nada más.
Pero...)

LUIS. Este *pero* me salva.

INES. (¡Juro que se ha de acordar!)

ESCENA XVII.

LUIS, GIL.

LUIS. ¡Ni que la hubieran soplado
al oido!...

GIL. ¡Antojo fatal!
¡Cómo demonios me valgo
con las dos! Si esto es capaz!...

—Y esta otra va á Capellanes.—
Mira, ¿ves? es la señal:
corridas ya las cortinas
y ella cosiendo ademas,
y echándome unas miradas
que me quieren devorar.
—¡Qué diablos! ¿Cuento contigo?

LUIS. Cuenta conmigo!

GIL. ¡Ajajá!
No hay conquistas imposibles
si hay una ayuda eficaz.
(En tono dramático.)
Conquistaré con tu ayuda.

LUIS. (Con marcada intencion.)
(Yo con la tuya, ¡y en paz!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. LEON, D. LUIS, tomando café.

LEON. Con que usted tambien, don Luis,
cambió de rumbo?
LUIS. ¿Qué hacer?
LEON. Y ha dejado usted de ser
la plaga de este pais?
LUIS. No tanto.
LEON. Es la realidad.
Sabe usted que soy muy franco,
y sabe que no me atranco
para decir la verdad.
LUIS. Que es de su fama en perjuicio;
y usted lo verá si advierte,
que al juzgarme de esa suerte
hace usted su propio juicio.
Juntos pasamos alguna
borrasca.
LEON. Sí.
LUIS. ¡Qué existencia!
LEON. Pero hay una diferencia
entre los dos.

LUIS. ¿Una?
LEON. Una.
Y salta á la vista luego.
LUIS. No atino... (Este hombre me abisma.)
¿Diferencia?...
LEON. Sí, la misma
que hay entre el humo y el fuego.
Este, al soplo halagador
del aire inquieto se inflama,
y alza espontáneo su llama
con brillante resplandor.
Aquel, incierto y sombrío,
haciendo en el fuego presa,
se enrosca en columna espesa
y se alza oscuro al vacío.
El fuego con el vaiven
de los vientos, resplandece;
el humo mancha, ennegrece
y axfisia ¿No digo bien?
Nunca en mis lances de amor,
y de ello puedo hacer gala,
sirvió el engaño de escala
para llegar al honor.
Nunca, y usted fué testigo,
se fijó mi liviandad
ni en la sagrada orfandad
ni en la casa de un amigo.
¡Pero usted!
LUIS. (Tal vez sospecha.)
LEON. ¡Cuán astuto y cauteloso!
¡cuánto hermano, cuánto esposo
unido á usted con estrecha
y franca amistad miró
roto su honor en pedazos!
¡Cuántos al darle sus brazos
le han dado su honra!
LUIS. (¡Oh!)
LEON. Confiése usted que hasta el dia
engañó á las hijas de Eva
con suerte.
LUIS. ¡Mucha!
LEON. La prueba

que vive usted todavía.
Pero Luis, ¡mucho cuidado!
Repórtese usted y emprenda
con planta firme la senda
que dice usted se ha trazado.
Senda que yo, arrepentido,
teniendo el alma más pura,
sigo con planta segura
llorando el tiempo perdido.

LUIS. No pienso retroceder.

LEON. Bien hecho. (Está anonadado.)
Es un consejo.

LUIS. Aceptado.

LEON. Y si llega usted á ver
fruta del cercado ageno
que su apetito despierta,
don Luis, esté usted alerta
y mida bien el terreno.
Porque al fin puede pasar,
y esto pasa fácilmente,
que ántes de clavarla el diente
se le llegue á indigestar.

GIL. (Dentro.) Inés.

LEON. (Levantándose.) Mi hermano.

GIL. (Dentro.) Leon.

LUIS. Sagaz este hombre y discreto
ha arrancado mi secreto
del fondo del corazon.
¡Suerte fatal! Mas qué importa?
¡vaya al baile el matrimonio!...

ESCENA II.

LOS MISMOS, GIL, INÉS.

GIL. ¿Aún de visita? ¡Demonio!

LUIS. Ya me voy.

GIL. No ha sido corta.
Tres cuartos de hora de charla.
¿Habreis tendido un vistazo
al pasado? ¡Ah, bribonazo! (Á Leon.)

LUIS. (No me atrevo ni á mirarla.)

GIL. ¿Vienes? (Á Leon.)
LEON. Quiero entrar en caja;
estoy rendido.
GIL. Lo creo.
Yo voy á dar un paseo
(en torno de una baraja)
á ver por ahí horizonte.
INES. Tardarás como es costumbre.
GIL. Descuida: apenas vislumbre
qué aspecto presenta el monte...
de Guadarrama... y mi amigo
dé un golpe... suba una cuesta
y vea doblar la puesta...
del sol, Inés, soy contigo.
LEON. ¡Bien! ¡muy bien! ¡perfectamente!
me emboba verte tan ducho.
¿Conque al monte?
GIL. ¡Phist!
LEON. (Es mucho
su genio!)—Hasta luego.
GIL. Vente.
LEON. Yo á escribir á mi mujer.
GIL. Tiempo habrá.
INES. Despues.
LEON. (Con firmeza.) Ahora.
GIL. Hombre...
INES. Yo creo...
LEON. Señora,
quiero cumplir mi deber.
GIL. ¡Qué escrúpulos! ¿Quién creyera?...
ayer tan estóico y hoy...
LEON. Pero es que ayer... (Con ira.)
GIL. ¿Qué?
LEON. (Reprimiéndose.) Me voy.
GIL. Adios.
LEON. Adios, ¡calavera! (Á Luis.)
LUIS. (¡Diablo!)
INES. (Medrados estamos.)
GIL. (Esto no tiene remedio.)
LEON. (¡Y el tal Luisito! ¡Qué medio!)
GIL. (No hacerle caso.
IMES. Cá.)

LEON. (Vamos
á ver si logro con maña...
La criada es confidente...
—Ah, qué idea: mi asistente;
¡Bombarda á mí no me engaña!)

ESCENA III.

GIL, INÉS, LUIS.

GIL. Á escape y sin más rodeos
dale un asalto á mi hermano,
y dile que suelte el trigo,
pues no tenemos un cuarto.
LUIS. Teniendo yo...
INES. No, mil gracias.
GIL. (Granuja, si te has gastado
la renta de cinco siglos,
qué vienes aquí brindando...)
Conque Inés, no te detengas.
INES. ¿Y si se niega?
GIL. ¡Canastos!
¿Qué ha de negarse?... Y pidiendo
esa boquita.
INES. ¡Buen pájaro
estás tú!
GIL. Si no, no hay baile.
LUIS. ¿Conque al fin?...
GIL. Sí, se ha empeñado!...
Un capricho.
INES. ¡Sí, un capricho!...
(Dios me tenga de su mano.)
Justo; un capricho inocente.
LUIS. ¿Usted tendrá preparado
el traje?
INES. Vaya!... y muy lindo.
GIL. Segismunda tiene encargo
de alquilar el mio.
LUIS. ¡Cómo!
GIL. Cualquiera es bueno.
LUIS. (Muchacho,
¿tú vas á vestirte?

GIL. Es fuerza;
así la vecina...
LUIS. Bravo.)
INES. (¿Pero qué estarán diciendo?)
GIL. (De este modo...
LUIS. Pues...
GIL. La engaño...
LUIS. Y luego...
GIL. Ajajá...
LUIS. Soberbio...
GIL. Magnífico... Soberano...)
—Conque Inesilla... ¡Ya sabes!—
INES. ¡Ya sé!... ¡Ya sé! Ya me marcho.
GIL. Si da...
INES. Comprendo.
GIL. Lo tomas.
INES. ¡Pues!... lo tomo... y me lo guardo.
GIL. ¡Cómo!
INES. Muy fácil.
GIL. ¡Mujer!
LUIS. Buen pensamiento.
GIL. ¡Canario!
INES. (El tal Gilito!... Contenta
me tiene... No verá un cuarto.
Si da Leon diez mil reales,
con cuatro que tengo ahorrados,
me compro el collar, y luego...
—¿Pero qué estarán charlando?)
(Con reticencia.)
Muy bien!... Adios, señor mio.
GIL. Adios, mononita!
INES. (Rápido á Gil.) (Falso.) (Váse.)

ESCENA IV.

LUIS y GIL.

GIL. (Alborozado y soltando una carcajada.)
Chico, voy á dar un golpe
piramidal.—Chist.—Ya ha entrado
á dar el susto á Leon.
Dios ponga tiento en sus labios.
LUIS. Pero explícate, qué ocurre?

GIL. Aguarda.
(Váse precipitadamente y vuelve con un neceser.)
¿Ves este trasto?
LUIS. Sí.
GIL. Pues oye. (Suena dinero.)
LUIS. ¡Buen sonido!
Y decis que estais exhaustos.
GIL. ¡Chist!—Esta es la hucha secreta
de mi mujer. Te haces cargo?
LUIS. ¡Ya!... ¿Y cómo has sabido?
GIL. ¡Toma!
muy fácilmente.
LUIS. No acabo
de comprender.
GIL. Pues escucha:
Inés, que siempre ha soñado
en alta voz; chico, anoche
daba unos gritos...
LUIS. Sí, vamos,
pondria el grito en el cielo,
seria un sueño pesado...
GIL. Y armaba una batahola
de perlas y de topacios;
y á estas palabras mezclaba
el nombre de Luisa... El sábado,
decia, el sábado luce
su nuevo aderezo.
LUIS. (Vamos,
la envidia de siempre.)
GIL. Quiero
la gargantilla.
LUIS. Sí, es claro,
la tiene entre ceja y ceja.
GIL. Ahí puede estar.
LUIS. ¡Inhumano!
GIL. Despues la emprendió conmigo.
LUIS. ¡Hombre!
GIL. Al pronto con halagos.
LUIS. ¡Ya!
GIL. Luego con quejas, luego
con gritos.
LUIS. Seria un campo

de Agramante.

GIL. Cuesta diez
mil, decia, tengo cuatro;
ocho me faltan... En fin,
sonidos entrecortados,
palabras incoherentes
y frases sueltas, bastaron
para enterarme de todo,
buscar y atrapar el gato.
¡Qué gozo! Luis. ¡Qué bien suena!
Oye, oye. (Canta la marcha real.)

LUIS. No debes...

GIL. Vamos,
déjame en paz.

LUIS. ¡Pobrecilla!
Con ese dinero acaso
quiera comprar...

GIL. ¿Qué?

LUIS. La alhaja.

GIL. Que espere.

LUIS. Imposible; el sábado
canta la Penco.

GIL. Buen penco
seria yo no tomando
por los cabellos la suerte
cuando se viene á mis manos.

LUIS. Luisa estrenará sin duda
su aderezo.

GIL. ¿Y qué?

LUIS. No es extraño
que tu mujer... son caprichos.

GIL. Yo no me encuentro en el caso
de respetar...

LUIS. Te comprendo.

GIL. Antes soy yo.

LUIS. Me hago cargo.
No es que yo quiera mezclarme.
Tú haces de tú capa un sayo,
y allá vosotros...

GIL. Voy viendo
que tiene juicio mi hermano.

LUIS. ¿Tu hermano?

GIL. Dice y le sobra
razon, que el hombre casado
debe encontrarse en su centro
de gravedad; ser el amo
de su casa; ser muy firme,
tener carácter.

LUIS Es claro.

GIL. Por eso, siendo preciso
que haga esta noche un regalo
á la vecina...

LUIS. Comprendo.

GIL. Agarro esta caja; la abro,
miro con ojos atónitos
lo que hay; lo cojo y lo guardo;
pongo dentro una tarjeta
y, á salvo ya los criados,
doy dos vueltas á la llave;
me voy.
(Lo hace despues de ejecutar cuanto indica el diálogo.)

LUIS. No he visto otro tanto
desde que corro aventuras.

GIL. (Vuelve sin la caja.)
Hecho lo cual, nos largamos
á dar seis golpes á una onza,
y luego, cuando mi hermano
se halle en brazos de Morfeo,
cojo á mi mujer del brazo,
me la llevo á Capellanes;
tú la entretienes un rato...

LUIS. Eso, dispensa; por mucha
confianza que haya entre ambos,
no puedo sacrificarme
hasta ese punto. Yo trato
tambien de gozar; para eso
voy, y no es justo que en tanto
embromas tú á la vecina
me encajes á mí el bromazo.

GIL. Tú harás lo que yo te ordene.

LUIS. ¡Bien! ¡Me resigno! ¡Me aguanto!

GIL. Mañana serás marido.

LUIS. ¿Quién, yo?

GIL. Estarás en mi caso.
LUIS. ¡Phist!
GIL. Y vendrás por mi auxilio.
LUIS. ¡Tal vez!
GIL. Y tendré que dártelo.
Luisillo; si este es el mundo!
¿No ves que cazo muy largo?
¡No ves que yo te conozco!
Tú no serás ningun santo.
¡Soy yo muy pillo!
LUIS. (Reprimiendo la risa.) (¡Muy pillo!
es muy pillo!)
GIL. Siento pasos.
Conviene escurrir el bulto.
LUIS. Bombarda...
GIL. Si viene su amo
somos perdidos.
LUIS. En marcha.
GIL. *¡Vade retro!*... Vamos...
LUIS. Vamos.

ESCENA V.

SEGISMUNDA, BOMBARDA.

BOMB. Que no me jurgues te he dicho
sincuenta veses lo menos.
SEGISM. Bombarda, no seas...
BOMB. Calla
y no pongaz motez.
SEGISM. (Compungida.) Pienso
que me has engañado.
BOMB. ¡Dale!
SEGISM. Que ya no me quieres.
BOMB. Güeno.
SEGISM. Que eres un falso.
BOMB. Ya ezcampa.
SEGISM. Y un pillo y un embustero.
BOMB. Zeñora, ¿ozté ze ha penzao
que Bombarda ez un muñeco
de ezoz que tienen un hilo
y ze les tira?

SEGISM. Ya veo
que no eres el mismo de antes.
BOMB. Ajajá: no zoy el mezmo.
Por eso que ya he mudao
como culebra er pellejo,
eztoy curtío en laz cozas
der mundo y... vamoz, no quiero
dir á eze baile que dices
convertío en farizeo.
No quiero que vayas tú
para que argun cabayero
te eche los brazos anzina
y te haga mover los huesos,
y él ze duerma y tú te duermas
y yo me cargue, y al veros
oz dezpabile de un palo
que esteis bailando año y medio.
Por otra parte, Bombarda
no eztornúa zin zaberlo
quien debe zaberlo, el amo.
Con que, chiquilla, no andemoz
con requilorios. Harto finjo
zi callo!....
SEGISM. ¿El qué?
BOMB. Lo que veo:
SEGISM. ¿Qué es lo que ves?
BOMB. Lo bastante
para dejar bizco á un tuerto.
SEGISM. Y sin embargo no tiene
la culpa el ama.
BOMB. Comprendo:
la culpa ez toa del amo,
que no la ha batío er cuero.
SEGISM. Cabal; las pobres mujeres
siempre salimos perdiendo.
BOMB. ¡Probesitas!
SEGISM. Y vosotros...
BOMB. ¡Puez!
SEGISM. Unos santos.
BOMB. Te veo:
SEGISM. Pues no señor; si don Gil
no fuera lo que es...

BOMB. Entiendo;
zeria otra coza.
SEGISM. Es claro,
echándolas de soltero
y á salto de mata siempre,
¿qué ha de ocurrir?
BOMB. ¡Ya lo creo!
que en vez de á zarto de mata
ande á zarto de carnero.
Y con ezto ya no canzo
maz y me voy al correo,
que azpera ezta carta el ama
como el zanto advenimiento.
Con que lo dicho.—Por vida!
(Segismunda llora.)
del Zanto Job! ¿Qué jipeo
ez eze, que aquí ze mete
y me taladra los huesos
como zi fuera una aguja
de enzartar zuegras ó zuegros?
SEGISM. Ni me preguntes... La tonta
he sido yo... yo que creo
palabras de hombres tan tunos
como tú... Yo, que en el tiempo
que no te he visto... en tres años...
sólo he soñado en el pueblo...
BOMB. Puez no haz zoñao tú poco
en gracia é Dioz.
SEGISM. Para esto
tanto bregar... Bien decia...
que tú en Motril... ¡Pues! ¡sí! ¡Bueno!
¡Bien!
BOMB. Puez zeñor: aquí eztá
un lisensiao del ejército
que nunca temió las balas,
convertío en zirineo
de una mujer. ¿Tú qué quieres?
¿Que vaya ar baile, aunque luego
lo zepa el amo y eztalle
como un ziquitraque? Güeno.
Zi vez que me tiro á un pozo
no me detengas.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, D. LEON.

LEON. ¿Qué es eso?
Aun no has echado esa carta?
BOMB. (Ahora zi que echo de menos
el azalto de Morella,
er diluvio y los infiernos.)
LEON. Trae. (Le arranca la carta.)
BOMB. Mi coronel. (Cuadrándose.)
LEON. (Á Segismunda.) Vé pronto:
que es tarde para el correo
(Váse Segismunda llevándose el servicio de café.)

ESCENA VII.

BOMBARDA, D. LEON.

LEON. Por qué lloraba esa moza?
BOMB. ¿Por qué lloraba?
LEON. Sí.
BOMB. Yo...
Yo diré á uzía... lloraba...
Porque eza ez la gran cueztion,
que eza mujer... ¡puez!
LEON. Contesta
sin más ambajes.
BOMB. Zeñor...
LEON. ¿Por qué lloraba esa moza? (Se sienta.)
BOMB. Por la zencilla razon
de que laz mujeres lloran
lo mezmo que rien...
LEON. No,
no es eso. Responde acorde.
BOMB. (¡Por vida de zan Ramon!)
Yo diré á uzía...
LEON. ¡Bombarda! (Con severidad.)
BOMB. Á la órden.
LEON. Acércate.
BOMB. (Con timidez.) ¡Oh!
LEON. Más cerca... así... ¿Cuántos años

me has servido?

BOMB. Veinte y dos.

LEON. Cuando á mi lado te traje
¿recuerdas lo que era yo?

BOMB. Capitan.

LEON. ¿Y tú?

BOMB. Ranchero.

LEON. ¿Y eras feliz?

BOMB. No zeñor.

LEON. ¿Recuerdas bien la derrota
de Pardiñas?

BOMB. ¿Cómo no?
zi en ella salvé la vida
por un milagro de Dioz!
Zi aun parece que eztoy viendo...
¿Que zi me acuerdo. zeñor?
Con ímpetu irreziztible
noz lanzamos á la voz
del general, y Cabrera
con la cara tricolor
tuvo que cejar, mirando
zu ejército en dizperzion.
De repente, y cuando menos
lo ezperábamos, lanzó
zobre uno de nuestros flancos
una nube, y ¡zanto Dios!
aquello no era batalla,
era una matanza atroz
donde los nuestros morian,
máz que á impurso del dolor
por la juerza de la rabia
que ahogaba zu corazon.
Pardiñas bramaba; uzía
buzcaba la muerte, y yo...
yo más feliz, al rebote
de una bala de cañon
caí roando por tierra,
y en medio de aquel horror
á mis padres ansianitos
les mandé el último adios.
En aquel trance horroroso,
¿quién escuchaba la voz

der moribundo sordao?
¿Quién tenia compasion?
de un probe infeliz?... Uzía
hazta er probe se bajó,
y á cuestas con él le puzo
en zitio de sarvacion.
Y no me pregunte uzía
zi he orviado eze favor,
porque Bombarda no orvida
favores que le hacen, no.
Bombarda, aunque güele á cobre,
tiene de oro er corazon,
y Bombarda quiere á uzía,
y no es alarde traidor,
otro tanto que á zu padre
y un poco menos que á Dios. (Pausa.)

LEON. Bien está.—Puedes marcharte
cuando quieras.

BOMB. (Espantado.) ¿Qué?

LEON. Desde hoy
cesas de estar á mi lado.

BOMB. Pero... ¿es posible... Zeñor.

LEON. Ve que te debo.

BOMB. Que... uzía...
uzía deberme?...

LEON. No
tengas reparo; si te hace
falta, ahora y siempre.

BOMB. El temblor
traba mi lengua.

LEON. (Levantándose.) Acabemos.

BOMB. Uzía quiere que yo
me vaya... Ez claro... y uzía...
pues... justo... tiene razon.
Yo soy en concencia un bruto,
y en lugar de pan de flor
debia comer arfarfa,
arfarfa.—¡Mal torozon
en Segismunda y zu abuela!
Cuando uzía preguntó
por qué lloraba, ar momento,
sin meterme en más funcion,

debí contestarle: llora
porque á uzía no le doy
un camelo, y mientras duerme
uzía como un liron,
no me disfrazo de mico
ó de bucéfalo, y voy
á bailar á Capellanes
ezos bailes de piston,
con doña Inés, y don Luis,
y el amo.

LEON. ¿Es cierto?

BOMB. ¡Zeñor!

LEON. (¿Van al baile? Está dejado
Gil de la mano de Dios.)
¿Y dices que va tambien
don Luis?...

BOMB. ¡Toma!... ¡Zí zeñor!
¡Puz no ha de ir!... ¡Ya lo creo!

LEON. (¿Qué más? Ya sé que el honor
de mi hermano, que es el mio,
anda en reticencias.—¡Oh!
veré si con maña...) Vete.

BOMB. (Con miedo.) ¿Me voy... para ziempre?

LEON. (Alargándole la mano.) No.
Ve á prepararte un disfraz
para ir á esa diversion.

BOMB. ¡Mi coronel! yo... (Con júbilo.)

LEON. Silencio.
Tú vas, sin saberlo yo,
por complacer á tu novia
y... ¡silencio! ¿Estás?

BOMB. Estoy!

LEON. Ahora, á hablar á Segismunda,
despues á mi habitacion.
¡Y no olvidar la derrota
de Pardiñas!

BOMB. No zeñor;
pida uzía lo que ez zuyo,
la vida que me sarvó.
(Besa conmovido la mano del coronel y váse.)

INES. (Dentro.) ¡Oh, qué infamia! no dejar
ni un céntimo.

LEON. ¡Inés!

ESCENA VIII.

D. LEON, INÉS, con el neceser.

INES. Cá, ¡nada!
LEON. ¿Qué es eso? estás demudada.
INES. Estoy que voy á estallar;
¡Qué infame!
LEON. ¿Pero qué ha sido?
INES. Que en esta caja tenia
dinero y está...
LEON. Vacía.
INES. Son gracias de mi marido.
LEON. ¿Te ha jugado alguna treta?
INES. Se me ha llevado un caudal.
LEON. No te ha dejado...
INES. Sí tal;
me ha dejado esta tarjeta.
LEON. ¡Es bastante!
INES. ¡Pero ves!
LEON. Se burla de tí.
INES. ¡Traidor!
Le tengo rabia y horror
y...
LEON. Es muy natural.
INES. Despues
de ir ahorrando...
LEON. ¡Es mucho asunto!
INES. Para comprar...
LEON. Sí, sé franca:
para comprar ropa blanca
ó comestibles por junto,
ó estambres para bordar,
ó sedas para coser;
lo que hace toda mujer
que le gusta trabajar.
Lo que hace la que se casa
y eleva en su casa un templo
á la virtud; por ejemplo,
lo que haces tú.
INES. (Confusa.) Yo...

LEON. Tú en casa
sacrificándote en vano;
siendo modelo cumplido
de esposas, y tu marido...
INES. Mi marido es un tirano;
con su vida licenciosa...
LEON. Es claro, va á un precipicio.
INES. No tiene pizca de juicio.
LEON. ¡Y en cambio tú tan juiciosa!
INES. Á él con el juego le basta;
si yo pudiera contarte...
LEON. Tú ahorrando por una parte
lo que él por otra malgasta.
INES. Entre contínuos placeres
se pasa toda la vida.
LEON. ¡Y en cambio tú aquí metida
cumpliendo con tus quehaceres!
INES. Y no es lo peor que gaste;
á lo mejor... (Haciendo señal de beber.)
LEON. ¡Pues!
INES. Beodo.
LEON. ¡Cuánta insensatez en todo!
INES. Y me es infiel.
LEON. ¡Qué contraste!
INES. Con la vecina de enfrente...
LEON. ¿Será capaz el babieca?
INES. Yo me hago á todo la sueca.
LEON. Porque eres tú muy prudente.
Porque seguro estoy yo
que á fuer de esposa sensata,
tu labio en silencio mata
las penas que sientes
INES. (¡Oh!)
LEON. Porque jamás cruzará
por tu corazon deshecho
ni la sombra del despecho
que lleva hasta el crímen.
INES. (¡Ah!)
LEON. Porque eres de las que gimen
y alzan la frente muy alta.
Porque sabes que la falta
en él, en tí fuera crímen.

Por eso á Gil desleal
le prepara tu mision
un puerto de salvacion
en la virtud conyugal,
y sufres con heroismo
su torpe conducta impía
para que llegado el dia
en que mida el hondo abismo,
pueda decirle tu amor
para calmar su ansiedad:
perdida tu dignidad
aquí te guardo mi honor.
¿No es eso?

INES. (Confusa.) Sí.

LEON. Tal mujer
conviene á Gil; ¡si otra fuera!

INES. (Rápido.) Ah, ¿no es verdad que debiera?...

LEON. Para faltar no hay deber.

INES. La venganza incita.

LEON. Es claro,
y poniendo en la balanza
un adarme de venganza
y una arroba de descaro...

INES. Á veces es poderosa
y no es extraño qué venza.

LEON. Sí: no teniendo vergüenza
la venganza es muy sabrosa.
Pero como esta expresion,
que es tan usual en la vida,
no la siente quien se cuida
de su propia estimacion,
la mujer que se descara
y su dignídad ofrece
por vengarse, hasta merece
que se la escupa á la cara.
Figúrate, hermana mia,
que tú no fueras quien eres;
que fueras de esas mujeres
que se vengan. ¿Qué seria
de tí, cuando Gil tornara
del juicio á la lucidez,
y viera su insensatez

y su deshonra tocara?
No ya el bienestar perdido;
no el verte sola en el mundo
con el desprecio profundo
y el odio de tu marido.
No la pendiente fatal
que tu planta pisaria,
y sin sentir te hundiria
del vicio en el lodazal.
Basta con que tu razon
comprenda por un momento
el hondo remordimiento
que habria en tu corazon.
¿No es verdad? (Está turbada.)
Responde.

INES. Sí.

LEON. (Tiene miedo.
Á ver si salvarla puedo.
Ya sufre, ya es desgraciada.)
Pero con tanto charlar,
me olvidaba que es preciso
dormir... Voy con tu permiso...
(¡Dejémosla meditar!)
(Empieza á anochecer, D. Leon enciende una bujía.)

INES. Cómo, ¿tan pronto?

LEON. Ya ves:
no me tengo: estoy rendido.
Procura que no hagan ruido.
(¿Irán al baile? Despues
veremos...)

INES. Tienes empeño...

LEON. Necesidad verdadera.

INES. Que duermas bien.

LEON. (Pausadamente y con intencion.) ¡Dios lo quiera!
Inés... que tengas buen sueño.

ESCENA IX.

INÉS.

¡Jesus! coincidencia rara!
Ni que hubiera conocido...
Cá, si debo haber tenido

el corazon en la cara.
Más no es posible: ni yo
tengo de qué avergonzarme,
ni yo... ¿Si querria darme
un consejo?... ¿Y á qué? No,
no es lógico... Ciertamente
yo á Luis le he dado motivo
para atreverse... No vivo
mientras de aquí no le ahuyente
y le haga entender quien soy.
Yo misma sin verlo apenas,
me he forjado las cadenas
que me esclavizan. Mas hoy
sabré romper esa red
por fuerte que sea. Al cabo
mi deber lo exige.

ESCENA X.

INES, LUIS.

LUIS. (Desde la puerta.) (¡Bravo!)
INES. ¿Quién?... ¡Luis! (Sobresaltada.)
LUIS. Á los piés de usted.
(Breve pausa, durante la cual Inés permanece confusa.)
(¡Sola!)
INES. (¡Solo! Si se empeña
y atrevido me importuna...)
LUIS. Segunda vez la fortuna
se me presenta risueña.
Mi amor recompensa tiene.
INES. Rectifique usted su juicio.
LUIS. (Al pronto sale de quicio,
está ofendida: lo de ene.)
Bella Inés ¿cómo acertar
la causa de ese rigor?
Si es el natural rubor...
INES. Rubor y desprecio al par.
LUIS. (¡Hola!)
INES. Que á tanto ha llegado
su atrevimiento conmigo,

que ya no encuentro al amigo,
sino al hombre deslenguado.

LUIS. (Aquí ha ocurrido algo nuevo.)

INES. La culpa es mia, lo sé;
yo que imprudente escuché
ciertas palabras que debo
rechazar.

LUIS. No hallo razon.

INES. Mi honor lo exige y lo manda.

LUIS. (Pues señor, en esto anda
el coronel don Leon.)

INES. Tenga usted, pues, la bondad
de retirarse al momento;
su presencia en mi aposento
ofende mi dignidad.
Sin dilacion. (Señalándole la puerta.)

LUIS. No es preciso
perder, señora, la calma:
mi amor, que nace del alma,
se precisa de ser sumiso.
Ha hablado usted de imprudencia,
pero esa, Inés, no es la frase,
usted dejó que la amase
por pura benevolencia. (Con sarcasmo.)
—Ahora lo llego á entender.
¡Lo que es estar obcecado!
Necio de mí, arrebatado
por mi amor, creia ver
que mi voz tierna, expresiva,
su corazon subyugaba.
¡Y era que usted la escuchaba
porque es usted compasiva!
Perdon le pido, perdon,
por mi crímen.

INES. ¡Oh!

LUIS. Señora,
la pena que me devora
no saldrá del corazon.

INES. Yo agradezco tal merced.

LUIS. Me voy.—Antes, sin embargo,
debo cumplir un encargo
de Gil, su esposo de usted.

INES. ¿Encargo?
LUIS. Mucho lo siento,
mas cumpliré la exigencia
que autoriza mi presencia,
señora, en este aposento.
INES. ¿Mi esposo?...
LUIS. Hay horas fatales.
¡La suerte es tan caprichosa!
INES. Qué, ¿ha jugado?
LUIS. Poca cosa.
INES. ¿Y ha perdido?
LUIS. Diez mil reales.
INES. ¡Jesus!
LUIS. Y no es lo peor
que pierda.
INES. ¿Qué?
LUIS. En su locura
maldice...
INES. ¡Cielos!
LUIS. Y jura
y hasta blasfema.
INES. ¡Qué horror!
LUIS. Jamás tan fiero le ví.
INES. ¿Y usted le dejó?
LUIS. Por fuerza.
INES. ¡Dios mio!
LUIS. No hay quien ejerza
poder sobre un hombre así.
Pida usted heroicidad,
para vencerse al que inflama
amor con su fuego; al que ama
el vicio y la liviandad
no pida usted sacrificios
ni extraordinarias acciones:
heróicas son las pasiones,
jamás lo fueron los vicios.
INES. ¿Y bien?...
LUIS. Ese hombre invencible
á mi oferta y á mi ruego
ha hecho que venga.
INES. (¡Está ciego!)
LUIS. Y exija...

INES. ¿Usted? imposible.
LUIS. Eso mismo dije á Gil
que usted diria en su asombro;
pero él encogiendo el hombro,
con torpe ademan hostil,
hizo alarde de su fuero,
y marido intolerante
ha hecho que venga al instante,
por dinero.
INES. ¿Por dinero?
LUIS. Dicho se está que acepté
comision tan enojosa
sólo por ver á la esposa
de ese hombre falto de fe.
—Ahora bien, qué le contesto?
INES. Lo que á usted le plazca.
LUIS. ¡Oh!
INES. ¿Acaso fabrico yo
dinero?
LUIS. No es buen pretexto.
INES. Cuando sus mañas traidoras
me han dejado desprovista...
LUIS. Permítame usted que insista.
Gil presume que á estas horas
su hermano ha debido dar...
INES. Y no ha presumido en vano.
LUIS. Pues pide lo de su hermano
y usted lo debe entregar.
INES. ¡Cómo! ¿usted acaso piensa?...
LUIS. ¡Pobre de usted si resiste!
INES. ¡Qué! ¿amenaza?
LUIS. No es lo triste
que amenace.
INES. ¡Qué!
LUIS. La ofensa
llega al límite.
INES. ¡Dios santo!
¿Será capaz?
LUIS. ¡Quién lo duda!
INES. Dios mio, prestadme ayuda.
LUIS. (Cae sollozando en un sillon.)
Me ahogan la rabia y el llanto.

INES. ¡Faltarme! Pero señor,
por fuerza ese hombre está ciego.
LUIS. Tiempo hace.
INES. Maldito juego.
LUIS. ¡Qué juego! maldito amor.
INES. ¡Cómo! ¿Qué? (Levantándose.)
LUIS. ¿Usted no adivina?
INES. ¿Acaso esa cantidad
que pide?...
LUIS. Hay necesidad
de obsequiar á la vecina
y darla como presea
de amor...
INES. ¿Tanto me rebaja?
LUIS. Precisamente la alhaja
que sabe que usted desea.
INES. ¡Gil!...
LUIS. No hay más; mentir no sé;
mi encargo aquí es reclamar
dinero y con él comprar
la alhaja.
INES. ¿Es posible?
LUIS. ¿Y qué?
Piensa usted que yo, señora,
consentiré estos agravios,
cuando le han dicho mis labios
la pasion que me devora?
Fuera exigencia extremada,
y aunque me cueste morir
jamás podré consentir
que usted se encuentre humillada.
Joya que usted deseó
con ánsia, no puede ser
que la ostente otra mujer.
INES. Pero Luis...
LUIS. No quiero yo.
Y si hay quien quiere humillar
á usted, Inés, torpemente,
otro hombre no lo consiente.
INES. Luis...
LUIS. Y obra así.
(Mostrándole una caja que Inés coge con alegría.)

INES. ¡Mi collar!
LUIS. ¡Silencio! Siento rumor.
INES. Tome usted.
LUIS. (Desentendiéndose.) Disimulemos.
GIL. ¡Luisillo! (Dentro.)
INES. Gil. (Ocultando temblorosa la alha.
LUIS. Ya hablaremos.
(Lo guarda. Suyo es mi amor.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS, GIL.

GIL. Chiquillo, canta victoria.
¡Si soy lo más calavera!
¡lo más tunante!... El que quiera
que me dispute esta gloria.
(Inés oculta el collar en un neceser.)
LUIS. ¿De veras?
GIL. No hay más que hablar.
LUIS. ¿Te has resarcido?
GIL. *Chipé*,
esta noche yo me sé
lo que yo voy á gozar.
Habrá jarana.—Oye tú,
no me negarás ayuda.
LUIS. Te empeñas...
GIL. Claro.
LUIS. ¿Y la viuda?
GIL. Más dulce que el alajú.
La he visto desde la esquina.
LUSS. ¿Y el traje?
GIL. Ya está arreglado.
Lleva dominó encarnado.
¡Y estará lo más divina!...
LUIS. ¡Pero hombre!...
GIL. Calla, Luisillo.
Ya tengo las paces hechas
con la fortuna, á estas fechas
la tengo ya en el bolsillo.
Y en dándole un quiebro á Inés
soy feliz.

LUIS. Contento te hallo.
GIL. He ganado *albur y gallo,*
dos iguales y un *entrés.*
LUIS. ¿Cómo?
GIL. Un préstamo.
LUIS. ¿De mucho?
GIL. Quinientos reales.
LUIS. Que son...
diez y seis mil.—Buen filon!
GIL. ¡Luisillo! ¡Soy lo más ducho!
(Reparando en Inés.)
¡Pero calla! (¿Me habrá oido?
LUIS. No tal.)
GIL. Á ver, ven aquí.
(La coge una mano, que Inés rechaza con enojo.)
¿Te has enfadado? Sí, sí;
lo conozco.—Habrá cumplido
Luisillo la comision
al pie de la letra. ¡Digo!
y él que es así, más amigo
de aumentar, y más guason,
y más trápala...
LUIS. ¡Me gusta!
Yo no puedo tolerar...
GIL. (Calla, que me va á arañar.
¿No ves esa faz adusta?) (Por Inés.)
Conque devuelve el dinero
que te haya dado Inesilla.
LUIS. Lo iba á dar.—¡Así se humilla
á una señora!...
GIL. Prefiero
un garrotazo á un sermon.
Conque date punto en boca,
que hoy está la gente loca
y hay baile y duerme Leon,
y hay que reir y cantar.
¿Verdad, Inés?... Y vivir...
¡Ole!... (Tenemos que ir
á comprar ese collar.)
LUIS. (En voz alta) ¿Ese collar? es punible...
GIL. Ejem, ejem .. (Mala peste
en tí.)

INES. (Levantándose precipitadamente.)
Decia usted...
GIL. Este...
¿Qué esta decia?... imposible;
este no puede decir...
Digo, á mí se me figura...
LUIS. (Así le pongo en tortura.)
INES. Comprendo. (Se dirige con despecho á la puerta.)
GIL. ¡Qué! ¿vas á ir
al baile?
INES. Sí.
GIL. (Lo deploro.)
Pero.
INES. El tocador me espera.
Adios. (Saludando á Luis afectuosamente.)
LUIS. Adios.

ESCENA XII.

GIL, LUIS.

GIL. Si pudiera
bramaria como un toro.
Pero hombre, ¿estás en Belen?
LUIS. ¡Qué quieres! se me ha escapado
la frase y...
GIL. Punto acabado.
Yo á vestirme.
LUIS. Y yo tambien.

ESCENA XIII.

LUIS, volviendo desde la puerta del fondo.

Pues señor, hablo de veras:
un lance ni dos no basta
para conocer la casta
de los maridos troneras.
Son una mina, un encanto,
un Potosí. Yo sabia

que un marido así valia
mucho, mucho; ¡mas no tanto!
¡Y dicen del cominero,
del babieca y del celoso!
El ejemplar más curioso
es el marido soltero.
(Mira por la puerta del fondo.)
Á ver... ¿quién viene?... será...

ESCENA XIV.

LUIS, SEGISMUNDA.

LUIS. Llegas á punto.
SEGISM. (Observando,) ¿Sí?
LUIS. Escucha.
¿Qué traje?
SEGISM. Falda y capucha.
LUIS. ¿Color?
SEGISM. Blanco.
LUIS. Bien está.
¿El tuyo?...
SEGISM. Idéntico.
LUIS. Bien:
lo llevas á prevencion.
Ya sabes...
SEGISM. Sí.
LUIS. ¿Don Leon?
SEGISM. Estará roncando.
LUIS. Amen.
Ya tendré en el guarda-ropa
un traje igual al que lleva
tu amo?
SEGISM. Ya está... (Mirando con recelo.)
LUIS. Toma en prueba
de afecto. (Voy viento en popa.)
(Le da dinero, que Segismunda toma sin volver la cara.)
SEGISM. Qué cosas que tiene usté.
LUIS. ¿Y el picaporte?
SEGISM. Está aquí.
LUIS. ¿Abrirá sin ruido?

SEGISM. Sí.
INES. (Dentro.) Segismunda.
SEGISM. Es ella.
LUIS. Vé.
SEGISM. Ya sale.
LUIS. (Me tiene ciego.
¡Si el coronel lo supiera!
¡habria un lance!—Bah, fuera
todo temor.) Hasta luego.

ESCENA XV.

SEGISMUNDA, INÉS, con dominó blanco.

INES. Hablabas con álguien?
SEGISM. No.
INES. Se me habia figurado.
¿Y Bombarda?
SEGISM. Preparado.
INES. Que no le digas...
SEGISM. ¿Quién? ¿yo?
INES. Él á su amo se lo cuenta
todo y... (No sé qué me pasa:
quisiera quedarme en casa.
Cá, si estoy calenturienta.
Mientras tenga en mi poder
esa alhaja... Á ver, la llave... (Buscando.)
Sí, está aquí. Si álguien lo sabe...
La tengo que devolver...)
¿Estoy bien? (Prendiéndose alfileres al espejo.)
SEGISM. Encantadora.
INES. Á ver... (Arreglándose con aturdimiento la ropa.)
SEGISM. Jesus y qué inquieta.
(La pone un alfiler.)
Ya está.
INES. Dí, con la careta
no sabrán...
SEGISM. Cá, no señora,
tapada así, ¿quién demonios?...
INES. Como cuentan mil desmanes
del dichoso Capellanes...
SEGISM. Vaya, falsos testimonios.

¡Cuando yo digo que sí!
¡Si sabré yo lo que ocurre!
la gente que allí concurre
gasta un lujo y un... Allí
se rie una aunque se empeñe
en llorar! De qué manera
se baila allí la habanera!
Ay, ¿quiere usted que la enseñe?

INES. Déjame.

SEGISM. (¡Cuánto desden!)

INES. Te voy á hacer un regalo.

SEGISM. ¡Señorita! (Alargando la mano sin mirar.)

INES. Ten. (No es malo
que se halle contenta.) Ten.
(La da más dinero.)

ESCENA XVI.

LAS MISMAS, BOMBARDA en traje de moro con un careta de perro en la mano.

BOMB. ¿Se pué pazar?

INES. Adelante.

SEGISM. Já, já, já, já. ¡Qué ridículo!

INES. ¿Tu amo duerme?

BOMB. Me paese
que debe hallarse dormío;
digo, á mí ze me figura;
tal creo; zí, ez lo máz fijo
dado que él ze halla canzado...

ESCENA XVII.

LOS MISMOS, GIL vestido de chino.

GIL. ¿Estás, Inés?

BOMB. (Jezucristo.)

INES. Ya estoy. ¡Qué gracia de traje!

GIL. ¿No es cierto que es un capricho?

BOMB. (Á Segismunda.)
(El hombre eztá en su terreno.)

SEGISM. (Justamente.)

BOMB. (Y yo en er mio
con ezta cara é dogo.) (Se pone la careta.)

GIL. (Y la vecina, ¿la has visto?
SEGISM. Sí, señor.
GIL. Toma. (Le da dinero.)
SEGISM. (Cogiéndolo sin mirar.) No, gracias.)
INES. (Tú tambien te has decidido
y vienes?...
BOMB. ¡Pues! Zí zeñora,
¿qué hacerle? uno ez un bendito
y Segismunda ze empeña.
INES. Yo voy por puro capricho.
BOMB. ¡Claro eztá!
GIL. Vamos en marcha.
SEGISM. Silencio.
INES. Sí, no hacer ruido.
GIL. Apaga esa luz.
INES. No apagues.
SEGISM. Fuera hay otra. (La apaga.)
GIL. (Todos andan á tientas.) Mucho tino.
(D. Leon aparece en la puerta del fondo, con bata y una palmatoria en la mano.)
Señores, muy buenas noches.
(Todos hacen una exclamacion de asombro.)
BOMB. Ya ha llegao er cataclismo. (Pausa.)

ESCENA XVIII.

D. LEON, GIL, BOMBARDA, INÉS y SEGISMUNDA.

LEON. ¡Hola! la gente se anima.
INES. (¡Leon!)
GIL. (¡Diantre!)
LEON. (Con ironía.) Por lo visto
vais en amable consorcio
á disfrutar del bullicio
de alguna fiesta en que Momo
luce sus mil atractivos?
Muy bien pensado. Este mundo
es un fandango, y es lícito
que la humanidad estire
las piernas y dé sus brincos
correspondientes... ¿Y á dónde

vais á solazaros—digo,
si no es un secreto.

GIL. ¿Quieres
callar?

INES. Ha sido un capricho.

LEON. Ya me figuro.

GIL. Esta quiere...

INES. ¿Yo?

GIL. (Silencio.)

LEON. Ireis al Circo,
á la Zarzuela.

GIL. ¿Te burlas?
¡Ir nosotros á esos sitios!
Vamos á casa del duque...

INES. (Pero Gil!)

GIL. Del Malvabisco.

LEON. ¿Sí? pues entónces ¡qué diablos!
voy con vosotros.

GIL. Tú, ¡chico!

LEON. Sí, yo, ¿qué tiene de extraño?

GIL. Nada, pero...

BOMB. (Vaya un pizto.)

INES. (Me alegro, por embustero.)

GIL. Pues señor, fuera embolismos,
¿tú sabes á dónde vamos?
á Capellanes.

LEON. ¡Magnífico!
Allí, á gozar de la vida
dulcemente confundidos
con esa indómita turba
de calaveras.—Sí, chico,
haces bien. Ya te estoy viendo
bailar... Já, já. Tú de fijo
bailarás...

GIL. ¿Quién, yo?

LEON. Y tu esposa
no ha de aburrirse. Lo dicho,
me voy con vosotros.

GIL. Pero...

LEON. Vuelvo á mis tiempos antiguos.

GIL. ¿De veras?

LEON. ¡Si esto no es vida!

Vivir casado y tranquilo,
¡sin una expansion!

GIL. Muchacho,
venga un abrazo. (Con animacion creciente.)

LEON. ¡Ahí van cinco!

GIL. ¿Con que eres el mismo que eras?
¿el mismo de antaño?

LEON. El mismo.

GIL. Viva el bureo y la broma.
—¿Qué tal mi traje?

LEON. ¡Muy lindo!
¿Tú no te has visto al espejo?

GIL. Yo, no.

LEON. ¡Ah! entónces es preciso
que te contemples.—¿Inés?
toma y sirve á tu marido.
(Coge un espejo y se lo entrega á Inés, que se halla confusa.)
Así, ajajá, que se mire.
¡Que se contemple! ¡Qué lindo!
¡Qué coqueton! ¡Qué gracioso!
¡Qué bien estás! ¡Qué gran tipo! (Al público.)
(Cuadro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

SEGISMUNDA, BOMBARDA.

Este quitándose el disfraz, aquella con dominó negro.

BOMB. Ajajá... Tira... Corriente...
SEGISM. Pero es posible, Bombarda?
¿No vuelves al baile?
BOMB. Güelvo,
maz zin estas zarandajas
que me hacen suar á mares.
¡Jesus!... Ya respiro!
SEGISM. (Aplicando el oido) ¡Calla!
BOMB. ¿Qué es eso?
SEGISM. Que puede oirnos
doña Inés.
BOMB. ¿Qué jase?
SEGISM. Cambia
de traje.
BOMB. Apenas te vide
zalir der baile ezcapada
con doña Inés, ar momento
me dije: aquí hay zaragata.

Y vamos á ver... ¿qué ez ello?
SEGISM. No te lo digo.
BOMB. ¡Muchacha!...
Míramc bien.
SEGISM. Ya lo hago.
BOMB. ¿Y qué te dise esta cara?
SEGISM. Que eres muy feo.
BOMB. Mardito
zea un reloj de campana!...
SEGISM. Conque vete.
BOMB. ¡Aunque paese!...
SEGISM. Pero...
BOMB. Zepamos la trama.
SEGISM. Qué trama ni qué ocho cuartos!
BOMB. Dí. ¿Quién era aquella mázcara
que ha estado hablando contigo
mientras eztaban de charla
y trincando de lo juerte
tu amo y er mio?...
SEGISM. ¿Quién?...
BOMB. Habla.
¿Quién era aquella zeñora
metía en una cazaca,
que paesía un sereno,
y que eztaba echando llamaz
á otra endividua vestía
con una cosa mu larga,
ansina como si fuese...
así, un cangrejo con fardas?
¿Quién era?
SEGISM. ¡Jesus qué plomo!
BOMB. Voy á desirlo: era el ama
y esa mosa de ahí enfrente,
que dise que es viuda—aguanta—
de un vizta, que naide ha vizto.
SEGISM. Puez bien, descubrió la trampa
el diablo; sábelo todo
y déjame en paz.
BOMB. Chavala,
si ar fin te quiero!
SEGISM. ¡Me quieres!
BOMB. ¿Conque hay belen?

SEGISM. Gordo.
BOMB. ¡Cázcaras!
Y bien, zepamos! ¿qué ez ello?
SEGISM. Una cosa muy probada:
que entre amante que porfia
y marido que se cansa,
mete la pata el demonio...
BOMB. Dirás la cabesa.
SEGISM. Y pasa
lo que aquí.
BOMB. ¿Qué?
SEGISM. Que se lleva
el matrimonio la trampa.
Don Luis, que tiene á tu amo
un miedo atroz...
BOMB. No me pazma.
SEGISM. Quiere perderle de vista.
BOMB. Hace bien.
SEGISM. Para ello trata
de ganar estos momentos
en que don Gil emborracha
á don Leon.
BOMB. Comprendido:
marido y amante hablan
de echar eztorboz á un lado
para quedarze á zus anchas.
¡Qué par de puaz!
SEGISM. Don Luis
quiere tener con el ama
una entrevista tranquila.
BOMB. Ya!... ¿Y dónde?
SEGISM. Aquí.
BOMB. (Con asombro.) ¿En esza casa?
Pero chica, ¿y doña Inés?
SEGISM. Doña Inés no sabe nada.
Doña Inés hace un momento
me dijo que la buscara
un traje igual al que lleva
la vecina.
BOMB. ¡Puez ya ezcampa!
Quiere embromar al pariente?
Va á eztar la broma zalada.

SEGISM. ¡Dios mio!
BOMB. ¿Qué?
SEGISM. ¿No has oido?
¿Quién será?
BOMB. La cosa es llana.
Don Luiz.
SEGISM. Quedó con los amos.
BOMB. ¿Quién zi no él viene á ezta casa
llamando quedito?
SEGISM. Es cierto.
Voy á abrir.
BOMB. Y yo de *naja*.
SEGISM. ¡Si cumple el mozo la oferta
y suelta seis onzas!..
(Váse despues de hacer un movimiento significativo
BOMB. ¡Alsa!
Ya sabes que yo te quiero.
Huy, huy, huy!—Probe muchacha:
cuando venga el desenlase
va á convertirse en estáuta. (Váse.)

ESCENA II.

SEGISMUNDA, LUIS.

SEGISM. ¡Despacio!... No haga usted ruido.
LUIS. Dado estoy á Satanás.
SEGISM. Sepamos.
LUIS. Tu amo está en babia.
SEGISM. Hace tiempo que lo está.
LUIS. ¿Á dónde dirás que el mozo
se ha propuesto trasladar
la escena de sus amores?
Aquí.
SEGISM. ¿En su casa?
LUIS. No hay más.
SEGISM. Lo comprendo.
LUIS. ¿Cómo?
SEGISM. Es claro.
LUIS. Pues es una atrocidad.
SEGISM. En casa del enemigo
se suele dormir en paz.

Y me extraña esa extrañeza,
que igual al marido, igual,
ha pensado cierto amante
que usted conoce.

LUIS. Es verdad,
como es verdad que se han ido
sus planes al diablo.

SEGISM. Cá.

LUIS. Pues señor, estamos frescos!

SEGISM. En tiempo de carnaval
no es extraño que un marido,
por ir á pindonguear
en compañía de un prójimo,
deje *sóla* á su mitad.
Que don Gil se viene á casa,
usted se queda á bailar.

LUIS. Y estando en dulce coloquio
llega el coronel, y ¡zás!
descarga; yo le sacudo;
repite, vuelvo á pegar;
nos agarramos, la gente
chilla, retumba el local,
las mujeres se desmayan,
se acerca la autoridad
y dormimos en chirona
más blandos que un mazapan.

SEGISM. No tiene usted poco miedo.

LUIS. Chica, ¿te vas á burlar?

SEGISM. Claro.

LUIS. Si es que yo, yo... ¿entiendes?
tengo el encargo especial
de traer al dulce nido
á la paloma torcaz.

SEGISM. Vamos, sí, ¿conque usted?... vamos!

LUIS. Como yo, á fin de lograr
mis amorosos deseos,
me he prestado siempre...

SEGISM. Ya.

LUIS. Á ser el *corre, ve y dile,*—
la vecina tiene más
confianza en mí.

SEGISM. Entendido.

LUIS. Y he tenido que aceptar
el encargo.
SEGISM. ¿Y la vecina
va á venir?
LUIS. Durmiendo está
como un liron, en su casa.
¿Soy algun tonto quizás?
SEGISM. ¡Ah! vamos.
LUIS. La he hecho entender
que era de necesidad
que se alejara del baile:
ha obedecido, y en paz.
SEGISM. ¿Y el señorito?
LUIS. Esperando
á que le diga que está
todo arreglado.
SEGISM. ¿Dispuesto
para venirse?
LUIS. Cabal.
SEGISM. Válgame la Vírgen santa
¡y qué belen se va armar!
LUIS Por eso que el tiempo urge
y estoy aburrido ya
de vivir con ilusiones,
más propias de un colegial;
quiero ver á esa mujer
y decirla que yo...
SEGISM. ¡Ah!
Silencio .. Es ella!... ¿Habrá oido?
LUIS. ¿Qué importa?
SEGISM. Tiemblo al pensar
lo que va á decirme.
LUIS. Nada.
SEGISM. Yo no le digo que está
usted aquí. (Váse.)
LUIS. Logre hablarla,
qué me importa lo demas?
—Audacia... ¿No estoy temblando?...
Por vida del Preste Juan!
No hay duda alguna... El capricho
es ya un empeño tenaz.
Trocóse el grano de arena

en monte descomunal;
la gota en mar tempestuoso
y la chispa en un volcan.
—Alguien se acerca... Ella es.
(Se retira al fondo.)

ESCENA III.

LUIS, SEGISMUNDA, INÉS, con dominó azul, y en la mano una careta que deja sobre una consola.

INES. Estoy bien?
SEGISM. De tal manera
engaña usted á cualquiera.
Cá, no es usted, doña Inés.
INES. ¿Soy la vecina?
SEGISM. Una copia.
Y don Gil...
INES. Ay Segismunda,
harto temo que confunda
con otra mujer la propia!
SEGISM. ¿Y qué? (Con intencion.)
INES. (Con extrañeza.) Cómo ¿y qué?
SEGISM. ¡Pues ya!
INES. No comprendo lo que dices.
SEGISM. Si no le gustan perdices
al señorito y se va
buscando, fuera de sí
lo peor... ¡qué hacerle!
INES. ¡Infiel!
SEGISM. Tanto peor para él.
INES. ¡Tanto peor para mí!
SEGISM. ¿Yo?... lo que es si yo me hallara
como usted; si yo pudiese
lucir esa gracia y ese
pie.
INES. ¡Loquilla!
SEGISM. Y esa cara
tan deliciosa y traviesa;
vamos, que no lo sufria.
Lo que es yo... yo no servia
de plato de sobremesa.
INES. Segismunda!

SEGISM. Eso de hallarse
sufriendo una viudedad...
INES. No hables á mi vanidad,
que harto la siento agitarse.
SEGISM. ¡Y que al cabo disimula
la viuda!
INES. ¿Y el señorito?
SEGISM. Frito estaba.
INES. ¿Cómo frito?
SEGISM. Pedir más seria gula.
INES. No ha tenido ni un desliz;
siempre al lado de su hermano.
SEGISM. Como su hermano es un grano
que le salió en la nariz...
LUIS. (Es de oro esta chica.)
SEGISM. Es obvio
que se lo quiera arrancar,
y eso era tanto... trincar...
INES. Ah, ya comprendo.
SEGISM. Mi novio
me ha puesto al corriente.
INES. ¡Vamos!
¿Y yo que creia?... ¡Infame!
SEGISM. Yo no sé cómo hay quien ame
á un hombre.
INES. ¡Buenas estamos!
Tiranía más odiosa...
SEGISM. Culpa nuestra.
INES. Cosa clara.
SEGISM. Yo si los miro á la cara
es por mirar cualquier cosa.
INES. El mejor es un bribon.
SEGISM. Al más bueno una paliza.
INES. Falsos.
SEGISM. Tunantes.
LUIS. (¡Atiza!)
¡atiza, qué chaparron!
INES. (Acabándose de poner los guantes, en cuya operacion le habrá ayudado Segismunda.)
Ajajá.
SEGISM. (Con zalamería.) Y todos al cabo
no son lo mismo... Ahí está

uno que... (Cuándo saldrá?)
INES. ¿Quién?
SEGISM. Don Luis.
INES. Silencio.
LUIS. (Bravo.)
SEGISM. Á ese nadie le aventaja...
INES. Segismunda, te prohibo...
SEGISM. Tan tierno... tan expresivo.
INES. Bien... bien, nadie le rebaja...
Pero... en fin, no hablemos.
LUIS. (Adelantándose de pronto.) Sí.
INES. ¡Ah!
SEGISM. (Yo no sufro el nublado.)
(Váse precipitadamente.)

ESCENA IV.

INES, LUIS.

INES. Nunca hubiera sospechado...
LUIS. Inés.
INES. Salga usted de aquí.
LUIS. Por mi amor.
INES. Ni una palabra,
que siempre será un ultraje.
LUIS. Es extraño ese lenguaje.
INES. Si ha habido una infame que abra
esa puerta á un seductor,
tiempo y oro malgastado
si yo conservo encerrado
dentro del alma el honor.
LUIS. Inés, no quiero afanoso
hacer protestas de niño,
ni quiero exigir cariño,
ni hablar de un tiempo dichoso
que contrasta horriblemente
con sus desprecios de hoy dia
El amor, señora mia,
no es una cuenta corriente.
INES. Nada hay, pues, que reclamar.
LUIS. ¡Oh! pero en estas empresas
suele haber mudas promesas

que se deben realizar.

INES. ¿Y usted se atreve?...

LUIS. No há mucho
me dijo usted que me amaba.

INES. ¿Yo?

LUIS. Que por fin se apiadaba
de mi tormento.

INES. ¿Qué escucho?
Yo dije á usted?... Qué insolencia!

LUIS. Lo pudiera atestiguar
cierta prenda...

INES. ¡Oh! sí: el collar!

LUIS. Que usted tuvo la clemencia
de admitir.

INES. Y eso es amor?
Con eso he dado á entender?...

LUIS. ¿Qué más dice una mujer
que estima en tanto el rubor?

INES. Dios mio!

LUIS. ¿Y esto provoca
ese llanto?... No, no es cierto...
Inés, usted nunca ha abierto
á la esperanza esta loca
pasion... ¡Soy un miserable!
¡Cuándo y cómo he presumido
que haya usted correspondido
á este amor, que es incurable!
Inés! (Cogiéndola una mano.)

INES. ¡Luis! (No acierto á hablar.)

LUIS. Mi amor.

INES. Mi deber primero.
(Señalándole la puerta.)
Oh, si es usted caballero...

LUIS. (Despues de una pausa.)
Bien... Adios. (Con gravedad. Váse.)

INES. Ah!

LUIS. (Volviendo.) ¿Qué?

INES. El collar.
—Quema mis manos. (Presentándoselo.)

LUIS. ¡Inés!

INES. Váyase usted, por favor...

LUIS. ¡Así premia usted mi amor!

Casi arrojando á mis piés
esta alhaja seductora,
á cuyo vivo destello
debia lucir un cuello
que no es el de usted, señora?

INES. Piensa usted que Gil hubiera
consentido?...

LUIS Cosa clara.

INES. Me ama demasiado para
faltarme de esa manera.
Yo no lo debo creer.
—Don Luis...
(Saludando é indicándole que se aleje.)

LUIS. (Insistiendo.) Señora...

INES. Repito...

SEGISM. (Acelerada.) Señorita, el señorito. (Váse.)

INES. ¡Dios mio!

LUIS. No hay que temer.
La careta. ¡Oh providencia!
(Cogiéndola de encima de la consola y entregándosela.)
(La broma será pesada.)

INES. ¡Cómo!

LUIS. No hay que temer nada
Yo aquí...

INES. Pero...

LUIS. (¡Es coincidencia!)
(Se oculta.)

ESCENA V.

INÉS.

¡Yo tiemblo!... ¿Y por qué razon?
¿No he salido victoriosa
en esta lucha espantosa
que sostiene el corazon?
Oh, sí! Tras tanta imprudencia
como ha causado el desvío
de Gil, aún puedo, Dios mio,
ponerme ante su presencia
sin temblar y sin rubor.

Venga, pues, venga al instante,
que aquí le espera anhelante
quien guarda ileso su honor.

ESCENA VI.

INÉS, GIL, borracho con el disfraz al brazo.

GIL. Já, já, já, já... Voto al diablo,
que ha sido en beber prolijo
don Leon... Allí está fijo
como un santo de retablo.
Despues de tantas bravatas
tuvo al fin que sucumbir,
y ahora si quiere venir...
tendrá que venir á gatas.
Porque tenerse derecho...
cá!... cá!... ¡cuando yo lo digo!
Já, já, já, já... ¿Y el amigo
de Luisillo, qué se ha hecho?...
—Él salió con la vecina,
¡que hoy estaba lo más bella!
—Pero ¡calla!... sí, si es ella.
—Estoy á tus piés, Paulina.
INÉS. (¡Paulina!)
GIL. Vamos... comprendo.
Temes que... No hay que temer...
Luis distrae á mi mujer
y Leon la está durmiendo,
no á mi mujer, á una turca
que ha cogido con turbante.
Já, já, já... En este instante
Leon baila una mazurka.
INÉS. (Mi mente sueña ó delira.)
GIL. Ha bebido más que un rio.
INÉS. (Lo estoy oyendo, Dios mio,
y me parece mentira.)
GIL. Yo de risa no me tengo.
Conque, Paulinita, vamos;
repara que ya no estamos
en Capellanes; que vengo
para contemplarme en tí,

que quiero mirarte y quiero...

INES. (Rechazándole.)
Es indigno, caballero,
lo que está pasando aquí.

GIL. ¡Demonio! ¿qué voz es esa
tan dura y descompasada?
¿Es que estás incomodada...
mi bíen?

INES. (¡Su bien!)

GIL. Vamos, cesa...

INES. Infame.

GIL. Mucho te subes
de punto... Tengamos paz.
Vamos, tira ese antifaz.
No quiero el cielo con nubes.
¿Dudas de mi amor? Veamos.
Habla, á todo me acomodo;
hoy me hallo dispuesto á todo.
—¿Quieres el víaje?... Ya estamos
marchando... Nada te apure.
Será un viaje de recreo.

INES. (¡Dios mio. si no lo creo!)

GIL. Deja que el mundo murmure.
Mira, las tres... Á las siete
piiifff!... el tren del mediodia,
nos vamos á Andalucía,
que es la tierra que promete.

INES. (Dejándose caer en un sillon.)
(¡Oh, Dios mio!)

GIL. ¡Qué! ¿te choca?
Yo soy dueño de mí mismo.
Dicho y hecho.

INES. (Ó yo estoy loca
ó este hombre lo está.)

GIL. No temas;
que aunque el paso no es prudente,
á mí me hacen muy valiente
las circunstancias extremas.
—Vamos á irnos; pero al trote.

INES. Oh, no!

GIL. Qué no?... Lo has de ver.
—Valor!... Mira, mi mujer

es tonta de capirote.

INES. ¡Tonta!

GIL. Tonta rematada.
Ya verás cómo la engaño.
No tiene nada de extraño...
¡la tengo más embaucada!
—Dónde puse yo el dinero?...
—Voy á buscarle en seguida...
¡Soy lo más pillo!—Mi vida,
adios!... Adios, mi lucero!...
(Váse tambaleándose.)

ESCENA VII.

INÉS, á poco LUIS.

INES. ¡Borracho!... ¡Qué decepcion!
Al verle de esa manera
tan repugnante, quisiera
tenerle más compasion.

LUIS. Inés!

INES. (Sobresaltada.) Luis...

LUIS. Perdon la pido;
voy á cumplir su mandato.
Perdone usted si insensato
á dar á usted he salido
el último adios.

INES. ¡Oh!

LUIS. Sí.
No vengo á turbar, señora,
su dicha de usted.

INES. ¡Oh!

LUIS. (Llora.
Ya es mia.) Al salir de aquí
con el pecho desgarrado,
pide mi voz afanosa,
que sea usted tan dichosa
cuanto yo soy desgraciado.

INES. ¡Dios mio!

LUIS. Es la vez postrera
que mi ruego la importuna.
Adios. (Viendo su emocion.)

¡Inés!... Oh fortuna!

INES. Silencio...

LUIS. (Con fuego.) El placer altera
mi razon... lejos de aquí
puede lucir seductora
nueva vida, nueva aurora.
Pronto, huyamos...

INES. ¡Cielos!

LUIS. Sí.
Qué es dudar, cuando mi voz
dice á usted con ansia ardiente
que está mi vida pendiente
de usted?

INES. ¡Oh!

LUIS. Vuela veloz
el tiempo.

INES. Huya ántes quien quiso
romper tan sagrados lazos.

LUIS. Ese hombre vuela á los brazos
de otra mujer... Es preciso
que tenga usted decision.
¿Á qué ese temor pueril?
El abandono con Gil,
conmigo la adoracion.

INES. Basta.

LUIS. ¿Quiere usted quizás
sufrir ultrajes sin nombre
de ese hombre?

INES. Luis, á ese hombre
no vuelvo á verle jamás.

LUIS. Eso es decir.

INES. Por favor...
¿Qué más quiere usted saber?...
¿Qué más quiere?... Oh Dios... Qué hacer?
¡Dios mio!... dadme valor! (Váse.)

ESCENA VIII.

LUIS.

¡Cierto!... ¿Qué más?¡ Cuánta suerte!
Sin la ayuda del marido

jamás hubiera podido
asaltar plaza tan fuerte.
¿Qué hago? ¿Espero? Me anima
ver á ese pobre muchacho
que busca por su despacho
el oro que lleva encima.
(Observando.) ¡Calla!... No, si se ha dormido.
Tirado se halla de bruces...
—Como el pobre está á dos luces,
le habrá dado algun vahido
ligero...

ESCENA IX.

LUIS, SEGISMUNDA.

SEGISM. (Azorada.) ¡Don Luis!
LUIS. ¿Qué ocurre?
SEGISM. Que está el enemigo en casa,
y si usted no guarda el bulto
va á haber aquí una sonada.
LUIS. ¡Cómo!... ¿Don Leon?
SEGISM. El mismo,
don Leon echando llamas.
LUIS. ¡Demonio!
SEGISM. Todo lo sabe.
LUIS. ¿Quién se lo ha dicho?
SEGISM. Bombarda.
LUIS. ¡Ah, traidor!
SEGISM. No es tiempo ahora
de exclamaciones; avanza
el enemigo.
LUIS. Es preciso
largarse; no me hace gracia
encontrarme frente á frente
con ese leon sin garras,
que tiene un genio feroz.
SEGISM. Y unas pistolas que matan.
LUIS. ¿Eh?
SEGISM. Amo y criado subian
la escalera, y yo escuchaba;
y en fin ¡cuando yo lo digo!
LUIS. ¿Conque tu novio?...

SEGISM. ¡Malhaya!
Luego dicen que nosotras
tenemos la lengua larga.
LUIS. Siento ruido.
SEGISM. Ay Dios!
LUIS. Me escondo.
SEGISM. Eso es entregarse.
LUIS. ¡Cáscaras!
¿Qué remedio?... Don Leon
me toma la retirada.
SEGISM. Hay uno.—Tírese usted
por el balcon.
LUIS. ¿Yo? ¡muchacha!

ESCENA X.

DICHOS, INÉS.

INÉS. ¡Ay, Luis!... estamos perdidos;
mi cuñado se halla en casa,
está en su cuarto.
SEGISM. Y su cuarto
da al pasillo y...
INES. ¡Vírgen santa!
—Aléjese usted.
LUIS. ¿Por dónde?
INES. Por el balcon. (Abriéndole.)
LUIS. Pero cáspita...
SEGISM. Señor don Luis, salte usted.
INES. Luis!
SEGISM. Es corta la distancia,
principal sin entresuelo.
INES. ¡Leon llega!...
LUIS. Abur.
(Saltando por el balcon. Segismunda cierra precipitadamente. Inés, temblorosa, permanece junto á Segismunda. D. Leon aparece. Pausa.)

ESCENA XI.

INÉS, SEGISMUNDA, D. LEON.

LEON. Hermana,

buenas noches.
(Se oye ruido en la calle.)

INES. ¡Ay!
LEON. ¿Qué ocurre?
INES. Nada... no... es que...
LEON. Estás muy pálida.
INES. (No puedo más.)
SEGISM. Ese ruido?...
Ha medido con la espalda
el santo suelo... Demonio!...
Esto solo nos faltaba! (Váse.)

ESCENA XII.

INÉS, D. LEON.

INES. ¡Leon!...
LEON. Inés, no prosigas;
no es menester.
INES. ¡Oh!
LEON. Tus ánsias,
la humillacion de tu frente
y la emocion que te embarga,
dicen más que tú dijeras
y hablan más que las palabras.
INES. No soy criminal.
LEON. Entónces
¿por qué ocultarme la cara?
Á veces el llanto brota
para borrar una mancha:
si tú no tienes ninguna,
á qué verter esas lágrimas?
INES. ¡Leon!
LEON. Sé cuan [illegible] asado.
INES. Pues bien: si sabe[illegible] causas
aun mucho más que culpable
me juzgarás desgraciada.
Dos años hace que Luis
persiste en su empeño... Vanas
han sido siempre mis súplicas
para alejarle de casa.
Gil, con ciego desvarío

puso en sus manos las armas
para luchar; me han vendido
el despecho, la venganza,
la indignacion... Tú no sabes
qué efecto causa en el alma
de una mujer ofendida
una voz apasionada.
No me disculpo á tus ojos.
Yo iré á llorar mi desgracia
lejos de aquí, con mi madre.

LEON. Inés...

INES. Adios...

LEON. Oh! tú no amas
á Gil.

INÉS. ¡Amarle!

ESCENA XIII.

DICHOS, GIL, bastante aturdido aún por efecto de la borrachera.

GIL. (Restregándose los ojos.) ¿Qué es esto?
Já, já, jaá... Cristo me valga!

INES. Gil.

GIL. Pues cualquiera diria
que he bebido... Pero calla!
Qué veo? Leon... No hay duda.—
—¿Á mi leoncitos!... Vaya
que es chusco!... mi hermano haciendo
cucamonas, y ella... ¡cáspita!...
Paulinita... pichoncita.

INES. (Volviéndose de repente.)
Caballero, nada, nada
existe ya entre los dos
que pueda unir nuestras almas. (Váse)
(Gil permanece en actitud estúpida.)

ESCENA XIV.

LEON, GIL.

GIL. Chico, pues y Paulinita?

LEON. Imbécil, me inspiras lástima.

GIL. Tú y mi mujer estais chispos.
LEON. Vive el cielo!
GIL. Poca cháchara.
—Mira, las siete se acercan,
y á las siete piiiff... en marcha:
nos vamos al tren.
LEON. Impulsos
me dan de estrellarte.
GIL. Calma,
hombre, calma... Mi mujer,
mi mujer no sabrá nada;
es tonta de capirote.
LEON. Tu erés quien rompe la santa
cadena del matrimonio.
GIL. ¿La cadena?... está empeñada
en la calle de Carretas,
número...
LEON. No te se alcanza
que estás llenando de oprobio
tu nombre y mi nombre? ¿Tanta
es tu embriaguez que no adviertes
la sima que hay á tus plantas?
¡Despierta! infeliz... ¿no me oyes?
¡Despierta! (Sacudiéndole el brazo.)
El deber me manda
guardar ilesa la herencia
de un padre... herencia sagrada.
¡No me comprendes! Por Cristo
que ya mi cólera estalla.
¿Tu dicha?... no, no es tu dicha,
¿qué importa?... Pero mañana
seremos todos la befa
y el escarnio y... Esto embriaga
tambien mi razon... Despierta,
ó vive Dios que en mi rabia
te hago trizas y te...
GIL. (Aterrado.) ¡Hermano!...
¡Por piedad!...

ESCENA XV.

DICHOS, BOMBARDA.

BOMB. Señor.
LEON. (Reponiéndose.) ¿Quién llama?
BOMB. Se ha armao un jollin tremendo.
señor...
¿Qué ocurre?
BOMB. ¡Ahí ez nada!
El zeñorito don Luiz
viene en la amable compaña
de doz chuzoz que le alumbran
como zi fuera una eztampa.
Viene el arcarde del barrio.
GIL. El alcalde?...
LEON. Que entren.

ESCENA XVI.

DICHOS, LUIS, el ALCALDE, dos serenos, que se quedan á puerta.

GIL. Calla!
Luisillo... ¿cómo?...
LEON. (Rápido.) (Silencio.
Por tu honor!
GIL. (Empezando á recobrar la razon.)
¿Mi honor?)
BOMB. (¡Qué caras!
¡Ave María purízima!)
LEON. Vete.
BOMB. (De mu güena gana.) (Váse.)

ESCENA XVII.

DICHOS, menos BOMBARDA.

LEON. ¿Podremos saber qué buscan
ustedes en esta casa?
ALC. Vengo á aclarar ciertos hechos.

LEON. Usted dirá.
LUIS. No hace falta,
yo explicaré...
LEON. Señor mio,
en estos casos quien habla
es la justicia; yo á usted
no le conozco.
LUIS. (¡Es audacia!)
GIL. (¿Que mi honor peligra, dice?)
LEON. Suplico á usted...
ALC. Sin tardanza.
Poco hace fué sorprendido
este señor, que saltaba
por uno de esos balcones.
GIL. ¡Quién! (Despavorido.)
LEON. El señor. (Intencionadamente, señalando á Luis.)
GIL. (¡Oh!)
ALC. Esto basta
para inducir á sospecha.
LEON. Sospecha evidente y clara;
que quien huye de esa suerte
teniendo la puerta franca;
quien en ausencia del dueño
se oculta en agena casa,
es un ladron.
LUIS. ¡Vive Cristo!
LEON. Ladron, que ó enmudece y paga
en una cárcel su crímen
ó muere de una estocada.
ALC. Si no fueran suficientes
declaraciones tan ámplias,
hay otro dato precioso
que fácilmente se enlaza
con los demas.
LEON. ¡Cómo!
ALC. Ustedes
conocerán esta alhaja.
GIL. Oh!... mi collar?
ALC. Ya no hay duda.
GIL. ¿Con que tú? ¿tú?... Se me escapa
la razon!

LEON. Señor Alcalde,
si juzga usted necesarias
más pruebas...
ALC. No, no es preciso.
LUIS. ¿Yo ladron?
LEON. (Ni una palabra:
ó su deshonra ó la suya.
(Señalando á Gil y á Luis.)
Ya sabe usted cómo mata
mi brazo... Muerte por muerte,
elija usted sin tardanza.)
LUIS. ¿Yo ladron?
LEON. Si se encarcela
á los que roban alhajas,
los ladrones de las honras
¿cómo pagarán su infamia?
LUIS. (Me han vendido.) ¿Señor mio...
ALC. Adios, señores. En marcha. (Á Luis.)

ESCENA XVIII.

LEON, GIL.

LEON. Señor mio... (Al Alcalde.)
GIL. ¡Miserable!
LEON. (Deteniéndole.) ¡Desdichado!
¿Á dónde vas?
GIL. ¡Vive Dios!
Á vengarme de los dos.
LEON. Gil.
GIL. Los dos me han engañado.
Ella, con sonrisa cruel...
y él... Señor, si esto es horrible.
Tú no sabes, no es posible
lo infame que ha sido él.
Si hay para volverse loco
pensando en tal villanía.
No, no, una cárcel sombría
es poco.
LEON. Gil...
GIL. Es muy poco.
LEON. Por fin, te aviva el dolor.
GIL. Oh, sí.

LEON. (Con gozo.) Tu honor está alerta.
GIL. ¿Qué alma, al fin, no se despierta
cuando la llama el honor?
LEON. Eso es hablar.
GIL. No en mis dias;
no ha de reirse el malvado.
LEON. ¡Si yo no hubiera velado
en tanto que tú dormias!
GIL. Yo sabré seguir su huella.
LEON. Me entusiasma tu ardimiento:
GIL. Y ella...
LEON. Ten calma un momento.
aquí la tienes á ella.

ESCENA XIX.

GIL, LEON, INÉS en traje negro de calle.

GIL. (Tembloroso y balbuciente.)
¡Ella!... ¡sí!...
INES. (¡Dios de bondad!)
GIL. Comprendo... va usted á irse...
y quiere usted despedirse
de nosotros... ¿No es verdad?
¡Es claro!... usted es tan tierna
que ha dicho usted... con razon...
como esta separacion
va á ser eterna...
INES. ¡Oh!
GIL. Sí, eterna.
Voy á dar la despedida
á aquel infeliz pazguato...
ya que su existencia mato,
al menos... seré cumplida.
Muy bien pensado... eso sí...
lo que es instinto... sí á fe...
Por supuesto que irá usté
lejos... muy lejos de aquí.
Donde el rubor no la venza;
donde pueda alzar la frente;
donde no vea la gente
ese llanto de vergüenza.

INES. (Con dignidad.)
Bien que la razon me arguya
y me devore la pena;
aún puedo cruzar serena
mi mirada con la tuya.

GIL. (Con sarcasmo.)
¿Qué tal, Leon? ¡Qué sonrojos
causa á la niña su falta!
¡Aún viene hablando en voz alta
y aún alza hasta mí los ojos!

LEON. Si no los pudiera alzar
me hubiera yo conformado
con ver á Luis castigado
tan solo... por un azar?

GIL. ¡Cómo!

LEON. ¡Insensato!

GIL. Yo estoy
aturdido... loco... ciego.
Habla... dí... yo te lo ruego.

LEON. No es criminal.

GIL. ¿No?

INES. Lo soy...

LEON. Inés!

GIL. ¡Tú!

INES. Terrible idea!
Criminal es la mujer
que no se sabe vencer,
que duda... que titubea,
que oye una voz desleal
que desprecia á su marido;
que llega á prestar oido...
Oh, sí... ¡soy muy criminal!
¿Qué importa que ostente en calma
mi frente en este momento,
si he manchado el pensamiento...
la virginidad del alma?

LEON. Inés... hermana!

INES. ¡Ay de mí!

LEON. No comprendes mi alborozo;
tú no sabes cuánto gozo
oyéndote hablar así.

INES. Tú me comprendes.

GIL. ¿Qué dices?
No adivino...
LEON. Soy maestro...
Corazones como el vuestro
merecen ser muy felices.
GIL. Pero...
LEON. Ensancha el corazon.
¿Dudas?
GIL. Mi alma está perpleja.
LEON. Si vais á ser la pareja
más venturosa.
GIL. ¡Leon!
LEON. (Á Inés.) Tus palabras te redimen
de la culpa cometida.
¿Quieres volver á la vida?
¿Quieres borrar ese... crímen
que tiene tu alma en pedazos?
—Gil... dispon tu pecho amante.
INES. ¡Hermano!... (Conmovida.)
LEON. Vuela al instante;
vuela á llorar á sus brazos.
INES. ¡Gil!...
GIL. ¡Inés! (Transicion.) No puede ser.
¿Cómo estrechar en mi pecho
á la mujer que no ha hecho
lo que cumple á su deber?
Á la que así me ha engañado?
Á la que así me ha ofendido?
Oh!... yo no soy tu marido;
ni quiero verte á mi lado.
INES. ¡Dios santo!
LÉON. (Con marcada intencion, á Gil.) ¡Qué niñería!
Ve que es preciso que acabes,
porque á las siete... ya sabes...
Piiiff!... el tren del medio dia.
GIL. ¡Oh!
INES. Esas frases...
LEON. Conque... al trote.
GIL. (¡Es verdad!)
LEON. No hay que temer.
Mira, al cabo tu mujer
es tonta de capirote...

GIL. Inés... Inés... Oh, perdon.
INES. ¿Qué dices?... (Se abrazan.)
LEON. El tren aguarda.
GIL. (Á Inés.) Qué necio he sido.
LEON. (Llamando.) ¡Bombarda!

ESCENA XX.

DICHOS, BOMBARDA, SEGISMUNDA.

BOMB. ¡Prezente!
GIL. (Perplejo.) Pero...
LEON. (Á Bombarda.) Dispon
cuanto sea necesario
para emprender el camino.
GIL. Pero, hombre, qué desatino?..
LEON. Nos vamos todos.
GIL. (Con alegria.) ¡Canario!
LEON. Tratareis á mi mujer.
Yo ya conozco á la tuya
y creo justo... (Sigen hablando los tres.)
BOMB. ¡Aleluya!
SEGISM. ¿Y yo, voy?
BOMB. (Con calma.) No puede zer.
SEGISM. ¿Y tú?...
BOMB. Yo...
SEGISM. Te vas?
BOMB. Me voy.
SEGISM. Y sin casarse?... ¡ay de mí! (Llora.)
BOMB. (Como es don Gil un gilí
pienza esta que yo lo soy.)
Ya encontraraz un amigo...
—Tú tienez mu güena facha...
(Váse Segismunda despues de lanzar una mirada provocativa á Bombarda.)
(Zabe mucho ezta muchacha
para cazarze conmigo.)

ESCENA ÚLTIMA.

INÉS, LEON, GIL.

GIL. Me place.
INES. Perfectamente.
GIL. Nos vamos sin prévio aviso.
INES. Buena idea.
LEON. Sí; es preciso
que respireis otro ambiente.
En aquella aldea ruin,
donde la paz no se altera,
ya vereis al calavera
don Leon Maza y Espin.
GIL. Á olvidar.
INES. Es lo mejor.
LEON. Á hacer la dicha colmada.
GIL. (Á Inés, con cariño.)
¿Te agrada?
INES. Todo me agrada
si no me falta tu amor.
LEON. Faltarte?... ¡voto al demonio!
GIL. El cielo es testigo de él.
INES. El amor es el nivel
que sostiene al matrimonio.
(Con dulzura á Gil.)
Que sea tu amor verdad.
(Al público.)
La torre más firme y alta
viene á tierra si le falta
EL CENTRO DE GRAVEDAD.

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Don Tomás II, comedia (hasta cierto punto) en un acto y en verso.

Otro Diablo Cojuelo, revista en un acto y en verso. [1]

Los celos de una vieja, comedia en un acto y en verso. (Segunda edicion.)

Las quintas, drama en dos actos y en verso.

El Centro de gravedad, comedia en tres actos y en verso.

---

1 En colaboracion con D. Fernando del Pozo y Paluchí.

EL CENTRO DE GRAVEDAD.

3 0112 115864701